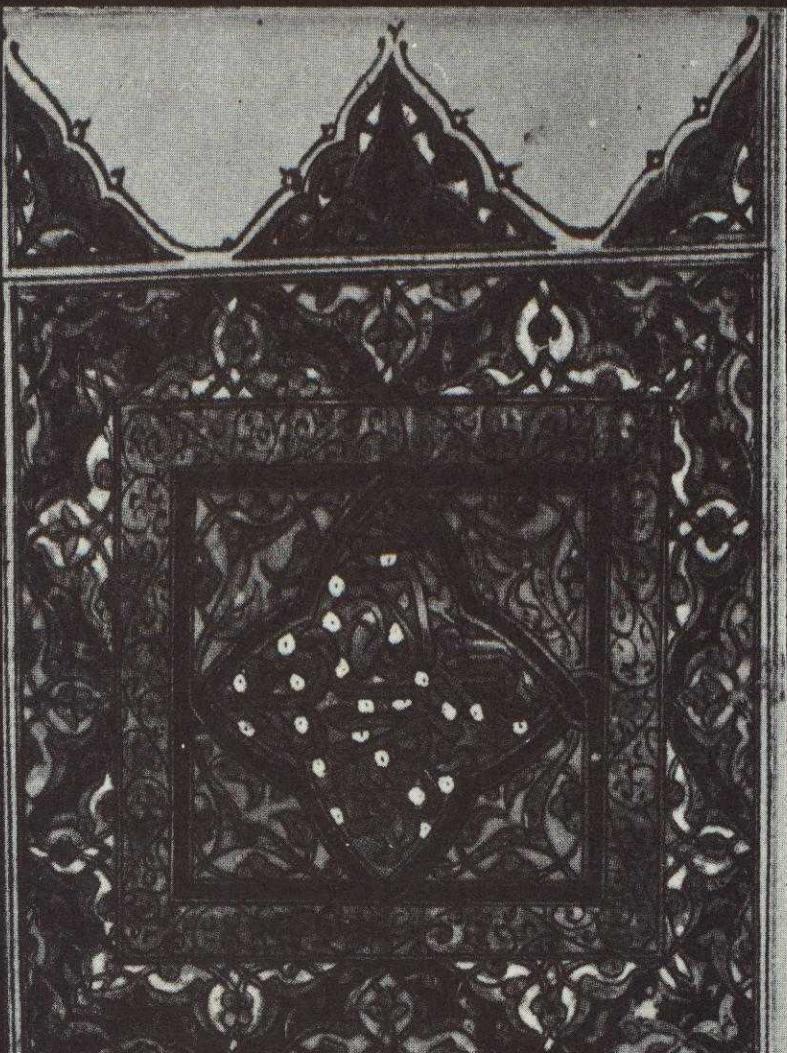


REPORTAJE

REAL FABRICA DE TAPICES



por
Miguel
de
Aguilar
Merlo



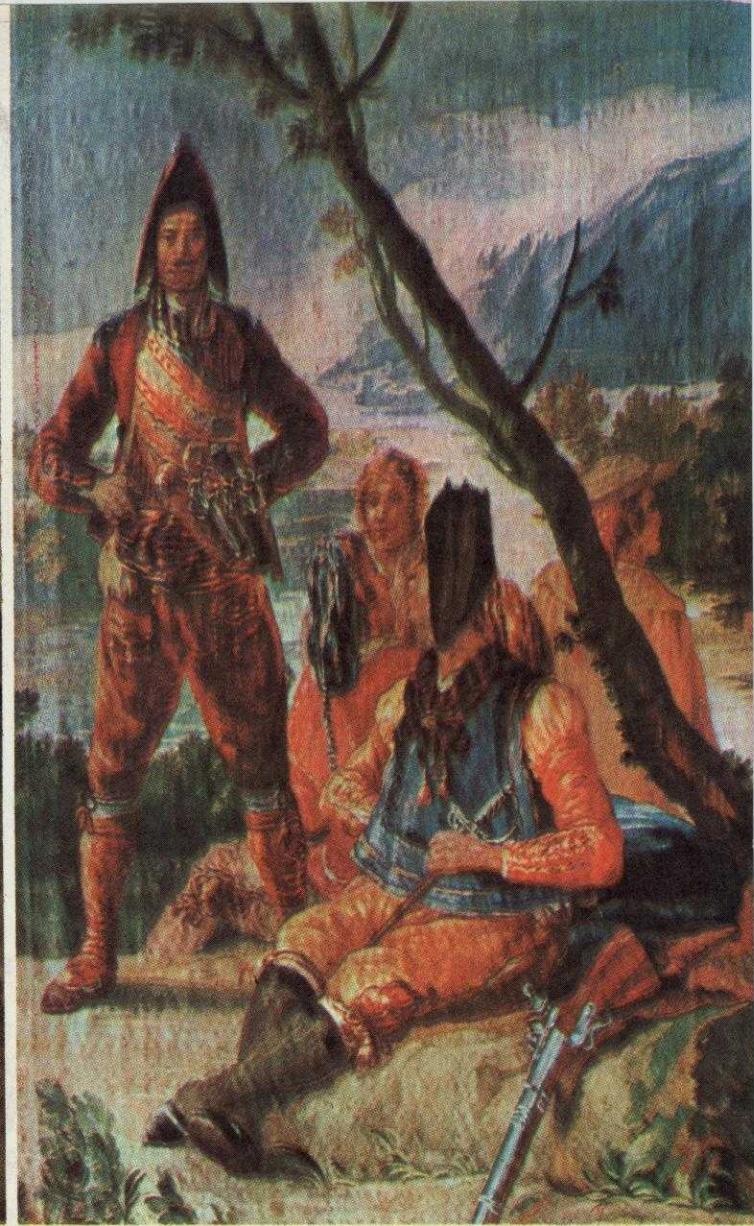
LA COMETA (GOYA). TAPIZ S. XVIII
EL ALQUIMISTA. TAPIZ S. XVIII
EL ESCORIAL MADRID



LA COMETA (GOYA). TAPIZ S. XVIII
EL JUICIO DE SALOMON. TAPIZ S. XVIII
EL ESCORIAL MADRID

EL JUICIO DE SALOMON. TAPIZ S. XVIII
EL ESCORIAL MADRID

EL RESGUARDO DE TABACOS (GOYA). TAPIZ S. XVIII
LA GRANJA DE SAN ILDEFONSO. TAPIZ S. XVIII
SEGOVIA EL ESCORIAL



Real fábrica de tapices

Cuando Felipe V vino como rey a España fundó en 1721 una Tapicería Nacional con el deseo de superar a las existentes en Francia y Flandes. Felipe V llegaba de la fastuosa corte francesa; no en vano era nieto del rey Sol —Luis XIV— y recordaba las bellezas, usos y costumbres del ambiente de sus años mozos. La austereidad de los alcázares españoles —en general—, pobres y fríos, desagradaron al primer rey Borbón español. Escribir de la fundación de la Real Fábrica de Tapices es hablar del Madrid de 1721. Un rey que había dejado en Versalles hermosas arboledas, clásicos jardines que parecían bordados, con sus numerosas fuentes barrocas, con sus lujosas fiestas, palacios recubiertos de tapices bordados en oro y plata, no podía satisfacerle aquel Madrid, de sólo 100,000 habitantes, sin belleza ni alegría, de hombres vestidos de negro, y siendo los únicos edificios que destacaban entre los demás, las iglesias, conventos y cementerios, dentro de la urbe. Es curioso que casi la tercera parte de Madrid se la encontró Felipe V como describiría Mesonero Romanos:

«... Ni todos los tesoros del Nuevo Mundo, ni el inmenso poder de los Carlos y Felipes y sus arrogantes validos, los Lermas y Calderones, Olivares y Oropesas, Nithardos y Valenzuelas, dejaron otras señales de su paso que la inmensa multitud de iglesias y monasterios con que cubrieron la tercera parte del suelo madrileño...»

En el fondo, quizás, detrás de la idea de Felipe II —místico y triste— de traer la capitalidad de la nación a Madrid estuviera ya en germen más un Escorial-Monasterio cercano que un Madrid-capital.

Y unas absurdas leyes de Hacienda impidieron crecer en hermosura a Madrid, debido al famoso «**Impuesto de regalía de aposento**» que sobrecargaba de contribución a las casas de dos pisos y a las que tuvieran ciertas condiciones de suntuosidad externa. Con lo cual se originó una fea ciudad, de casas de un solo piso, de mal aspecto por fuera, para no tener que pagar la contribución de

lujo o regalía de aposento. En fin, una ciudad que se le clavó en su alma a Felipe V, llenándole de tristeza, como muchos años después le sucedería al otro francés, José I, llamado el rey Plazuela (o Pepe Botella) porque fue el que empezó a tirar grupos de casas y abrir luminosas plazas.

Felipe V quiso remediar esta situación. Si los Austrias se preocuparon más por la política exterior, los Borbones se inclinaron por la política interior. Así Felipe V inicia las obras del actual Palacio de Oriente, el Teatro de los Caños del Peral, el Monte de Piedad, el Hospicio, el Puente de Toledo y las bellas fuentes como la Mariblanca de la Puerta del Sol y las de la Red de San Luis y Antón Martín (las tres hoy sin fuentes). Además crea la Biblioteca Nacional, la Academia Española de la Lengua, la de la Historia y la de Medicina y la Fábrica de Tapices, que ahora nos ocupa. Felipe V quiso enriquecer y hermosear sus palacios con tapices como Versalles, decorado con los famosos «gobelinos». Para eso consiguió los servicios del tapicero flamenco Jacobo Van der Goten. Y junto a las murallas de Madrid, en la Puerta de Santa Bárbara —en el campo—, entre lo que después serían las calles de Sagasta, Francisco de Rojas y Santa Engracia, se levantó la Real Fábrica. A Jacobo le sucederían sus hijos y luego un sobrino, Livinio Stuick Van der Goten y ya siempre diferentes generaciones Stuick, por lo que sigue la fábrica bajo la misma familia desde que se fundó. En la actualidad dirige los talleres, que son un verdadero museo vivo, don Gabino Stuick, y entre el personal directivo y artesano todavía se comentan anécdotas de cuando la fábrica estaba fuera de las murallas de Madrid. ¡Tan rápido ha sido el crecimiento de la capital en los últimos cien años!

Tres localizaciones ha tenido la Fábrica. Al principio en la calle de Santa Isabel, en la tapicería de las «Hilanderas», donde Velázquez había pintado su famoso lienzo de esta misma denominación. Luego, la que hemos dicho anteriormente en la Puerta de Santa Bárbara, porque el local de las Hilanderas se hizo rápidamente insuficiente. Permaneció en Santa Bárbara hasta 1889, en que la reina María Cristina la trasladó a su actual sitio, en la calle de Fuenterrabía, número 2. Veinte años antes —en 1868— se demolieron las murallas de Madrid y en su emplazamiento se crearon los Bulevares de Sagasta y Carranza y las Rondas de Atocha y Toledo, rompiendo los límites de Madrid, que desde 1624 hasta 1868 (244 años de una capital de un Imperio) no habían crecido, pues esas «cercas», no murallas, no tenían finalidad defensiva ni militar, sino sólo meramente fiscal, pretendiéndose que las calles no tuviesen salida al campo para que no entrasen mercaderías sin pago de derechos, no ampliándose la capital hasta el Decreto de las Cortes de Cádiz, que, en 8 de junio de 1813, declaraba la libertad de comercio y la libertad de establecer fábricas sin necesidad de permisos ni de licencias, así como el ejercicio de cualquier industria u oficio sin necesidad de exámenes ni títulos. Esta medida hizo crecer vertiginosamente a Madrid y derribar sus murallas, no siendo, desde luego, los menos beneficiados los artesanos que trabajaban en la Fábrica de Tapices. Y en sus dos técnicas de bajo lizo y de lizo alto.

Al principio de la fundación se empezó a trabajar

por
Miguel
de
Aguilar
Merlo

en telares de bajo lizo, es decir, haciendo los tapices de formación horizontal. El telar de alto lizo es muy sencillo, persisten las líneas de los primitivos y se componen de dos cilindros horizontales, colocados uno encima del otro, a una distancia variable entre dos o tres metros, según vaya a ser el tapiz de grande, y esta distancia puede variarse fácilmente para tensar los hilos de la urdimbre que se teje. Los hilos se tienden de un cilindro a otro verticalmente y están divididos en pares e impares, para los pasos de la madeja. El palo de lizo es una regleta afianzada en el cilindro superior de la que cuelgan los hilos de la urdimbre. El igualador es una regla que por un sencillo movimiento mantiene la equidistancia de los hilos de la urdimbre.

El telar del alto lizo se utilizó hace más de 4,000 años por los árabes de Beni-Hassán y Turquestán, en Persia y Anatolia, y hace 2,000 años se encuentran vasos y orfebrería decorada por los romanos representando a Penélope y su famoso tejer y destejer esperando a Ulises. En la misma España había antecedentes de telares en las provincias de Cuenca y Albacete. Pero se había perdido la tradición. De todas maneras en España eran muy usados por los reyes y nobles. Y aunque los palacios y mansiones feudales hoy están tristes y sin ornamentación no era así cuando se habitaron, pues lo mismo reyes que nobles solían transportar en sus viajes y guerras cofres con ricos reposteros y tapices para «acolchar» las paredes y alfombras para el suelo. Con eso conseguían tener la casa o palacio totalmente «acondicionado», no pasando frío en la extremada y cambiante geografía española. Ni qué decir que, además de la función de «calefacción», tenían la de decorar, y por eso eran más lujosos cuanto más importante fuese el personaje. Otras veces, además de decorar servían para subdividir habitaciones de grandes naves, habilitando aposentos independientes (véase el caso de Hamlet persiguiendo y matando a un supuesto espía tras de los tapices: el padre de Ofelia). O bien se utilizaban para forrar el interior de las tiendas de campaña, y el vencedor de las batallas tenía a gran gala obtener el botín de estos tapices, procedencia que se cree tienen los famosos de Pastrana, que reproducián la conquista de Tánger y que fueron reproducidos en esta fábrica.

Este Museo se distingue de toda tapicería porque es la única del mundo que no solamente se mantiene bajo la misma familia desde casi trescientos años, sino por las características de su fabricación de tapices y alfombras y de todo el mecanismo de la restauración de los mismos y de su limpieza, teñido y conservación. Además, en las plantas bajas del patio posee toda una fábrica de industria textil que trabaja la lana desde que llega esquilada de los corderos hasta todas las manipulaciones: cardado, ovillos de lana, producción de hilo, teñido de madejas, etc.; aquí se hace todo lo necesario desde que se recibe en bruto hasta la confección de los tapices o alfombras. Constantemente vienen autobuses llenos de turistas a ver tanto la faceta de Museo como la de artesanía. Y casi todos los visitantes son extranjeros.

Los modelos para los tapices fueron cartones pintados en la primera época por los pintores de Palacio, Miguel

Angel Houase y Andrés Procaccini. En tiempos de Fernando VI los pintores serán Giaquinto, Amiconi y Van Loo. Luego vendrá la mejor época con Carlos III y Carlos IV, reproduciendo obras de Maella, Zacarías Velázquez, Bayeu, Mengs y el genial Goya, que produce la serie de cartones más famosos para la Real Fábrica.

La presentación de los tapices en esta exposición permanente es la que debe ser, como se utilizaron siempre, dejándolos caer, tapando las paredes. Se ha hablado mucho de las diferencias entre los tapices y los cuadros —que deben servir para diferente misión— incluso en la escuela francesa, desoyendo esto, los han colgado, con lo que se estropean sus bordes con los clavos, e incluso en el famosísimo Museo del Louvre, colgándolos altos que, además de estropearlos, no dejan ver su trama y se confunden con óleos. Claro que los famosos «gobelinos» cayeron en este defecto incluso cuando se fabricaban. Un defecto inevitable muchas veces en los «gobelinos» es la copia servil de un cuadro pictórico. Los tejedores siempre han dicho que pintar bien y tejer tapices son dos cosas absolutamente distintas. Aunque un tejedor debe saber pintar, son dirigidos por jefes de taller, y los tapices deben tener el color mucho más subido de tono que los cuadros. Así los buenos tapices antiguos han resistido los embates del tiempo y aún son dignos de admiración. Pero cuando se copian simplemente los cuadros —y sus débiles colores— para que el tapiz sea «decorativo», en seguida perdían el colorido y los tapices parecían viejos a los seis años de tejidos y tenían poca duración. En cambio, un buen tapiz, siguiendo la técnica española de la Real Fábrica, de tonos muy fuertes diferente a la pintura que reprodujo, tiene utilidad incluso al aire libre, en las calles en día de festividad, regalando con su bella riqueza a los ojos más humildes que no los pueden ver dentro de una casa. Consigue lo que ninguna pintura: aguanta el sol y lucha contra el viento. Y en las alfombras de la Real Fábrica se vio, en la Exposición Universal de Barcelona,

pisadas con alpargatas con barro, zapatos claveteados, tacones de millares de viajeras, etc.; al cerrarse el gran certamen y limpiarse las alfombras aparecieron nuevas al ser quitado el polvo de las muchedumbres.

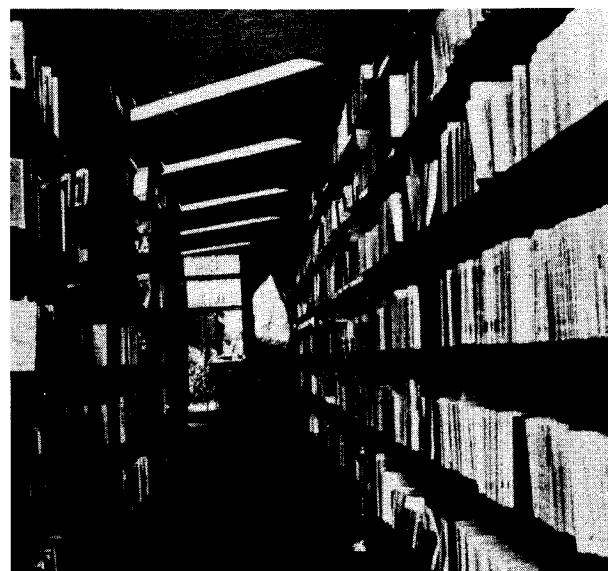
Hagamos una comparación con la Fábrica Nacional de Tapicería de París, la famosa de los Gobelinos. La familia Gobelín fundó una tintorería en los arrabales de París y luego los flamencos Marcos de Comans y Francisco de Planché se establecieron cerca de la tintorería en 1607. Más tarde, Luis XIV mandó agrandar la tapicería, comprando a la familia Gobelín su tintorería y fusionándolas todas se creó en 1667 la Manufactura Real de Muebles de la Corona para fabricar muebles y tapices con destino a Versalles. Entonces por real decreto se prohibió la importación de todo producto similar al que produjese la Manufactura Real y se concedieron numerosos privilegios a los obreros que trabajaban en los Gobelinos: Se les daba casa en los alrededores de la fábrica, estaban exentos de soportar alojamientos militares en sus casas, aun los que fueran extranjeros se les consideraba con todos los derechos de franceses si trabajan diez años, se les eximía de contribuciones y se les daba entera libertad para abrir estancos de cerveza y venderla con toda libertad y sin contribución. La Real Fábrica de Tapices de Madrid nunca ha tenido prerrogativas ni privilegios. Todo ha sido gracias al esfuerzo de la familia Stuick.

Los tapices más caros de la Real Fábrica son los reproducidos de Pastrana, que costaron unas 300,000 pesetas. Los originales fueron hechos en Arras, Flandes. Se cree encargados por Alfonso V de Portugal para representar las batallas contra Marruecos y la ocupación de Tánger, y luego serían conseguidos por los españoles al derrotar a los portugueses en batallas de 1475 a 1479, quizá en Toro. Fueron a parar al Duque del Infantado, que los donó a la Colegiata de Pastrana, villa de la que era señor.

En la actualidad el Museo de la Real Fábrica de Tapices posee importantes y bellos tapices del siglo XVIII y XIX, entre los que destacan una serie única en el mundo tejida sobre las pinturas negras de Goya. Los pintores modernos se puede decir que casi faltan, exceptuando algo de Sert, Palmaroli y Benedito. Hay importantes muestras de modelos aportados por autores extranjeros —sobre todo de Norteamérica—, donde empieza a figurar como tema de la trama de tapices y alfombras el arte abstracto y el cubismo. Algunos hemos contemplado muy curiosos y es un camino todavía por explotar totalmente. Pero como son encargos particulares no suelen quedar copias para el Museo. Y es que hay secciones que cambian, las recogidas por los clientes, y por ello dijimos que es un Museo vivo, y se puede acudir una y otra vez porque se pueden encontrar obras de arte bellísimas y siempre diferentes.

Otras obras colgadas muy importantes son seis Teniers, «Los Niños del Gato», de Bayeu y «La Buena Ventura», de Goya. Los tapices más reproducidos —y que siguen solicitando los clientes— son los de Goya, en los que constantemente está trabajando la Fábrica. Además no hay que olvidar que también posee el Museo, unos 5,000 cartones y pinturas, modelos de donde se sacaron los tapices en los diferentes siglos y que están a disposición de los visitantes.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



LIBROS UNIVERSITARIOS

ESCUELA NACIONAL DE ARQUITECTURA

LOS RECURSOS HUMANOS EN LA CONSTRUCCION.

POR JAIME CEVALLOS OSORIO.
UNAM. \$73.00

Trata sobre la educación, los profesionistas, el mercado de trabajo y la industria de la construcción.

GEOMETRIA DESCRIPTIVA. POR MIGUEL DE LA TORRE CARBO. UNAM. \$130.00

Forma en el estudiante esa especial habilidad de imaginar los cuerpos en su volumen de tres dimensiones y representarlos en proyecciones planas.

ARQUITECTURA Y ARTES DECORATIVAS. POR DOMINGO GARCIA RAMOS. UNAM. \$70.00

Establece principios audaces y señala caminos de disciplina geométrica que ayudan a la creación de posibles soluciones.

INICIACION AL URBANISMO. POR DOMINGO GARCIA RAMOS. UNAM. \$100.00

Una obra básica, que explica con profusión de planos el desarrollo de la materia. Llena una necesidad en las escuelas de arquitectura de México y Latinoamérica.

Próxima aparición:

PLANIFICACION DE EDIFICIOS PARA ENSEÑANZA. POR DOMINGO GARCIA RAMOS.

Estudia "eras pedagógicas" de México: virreinato, independencia, Reforma, Revolución y época actual.

PEDIDOS A: Departamento de Distribución de Libros Universitarios.
Av. Insurgentes Sur No. 299
México 11, D. F.

La España de los Reyes Católicos

parte II

Estructura Social

por
Juan Pablo
García Álvarez

El Código de las Siete Partidas (II, 25, proemio) y lo mismo del Libro de los Estados (I, 92) del Infante D. Juan Manuel, reconocen tres "estados" en la población de la península ibérica: el de los "defensores" o caballeros, el estado noble de los que profesan las armas para la defensa de la comunidad; el de los "oradores" o sacerdotes, que oran a Dios por el pueblo, y el de los labradores o trabajadores, en el que D. Juan Manuel incluye a los "ruanos" o burgueses. Y, en la misma época, el fraile franciscano Francesc Eiximenis distinguía en la sociedad de la Corona de Aragón otros tres "estados", quizás mejor clasificados: el de los "maiors" o mayores, integrado por barones, obispos, priores de las órdenes, militares, abades, condes y vizcondes, caballeros y patriciado urbano; el de los "mitjans" o medianos, formado por los oficiales de la administración pública, juristas, médicos, comerciantes, banqueros y artesanos, y de los "menors" o menores, que comprendía lo que en Cataluña se llamó "poble menut", el pueblo ínfimo, o sea, los elementos más humildes de la población urbana y rural, como asalariados y gentes sin oficio de las ciudades, y labriegos o payeses. Naturalmente, estas clasificaciones incluyen únicamente a los hombres libres, y no a los siervos y esclavos propiamente dichos, los que eran considerados como cosas. Es de notar también cómo los catalanes, adelantándose a su tiempo, incluyen entre las clases privilegiadas a los burgueses, colocándolos en la primera y segunda categorías, mientras que las Partidas y el Infante D. Juan Manuel los sitúan entre la plebe urbana y campesina.

Como se advierte, la primera clase social de la Baja Edad Media hasta el Renacimiento fue la de los Nobles, colocados en una situación de privilegio y categoría que los hacía sobresalir por encima de los demás. Esta clase surgió de diversos factores conjugados: en primer lugar y, sobre todo, la riqueza que lleva consigo el poder; y,

como, en aquella época, la propiedad de la tierra era la única verdaderamente sólida, los nobles eran los grandes propietarios territoriales; el servicio del Rey y de la administración pública, que solía facilitar el engrandecimiento, tanto en honores y títulos como en propiedades; el servicio de las armas que, por sí mismo, estaba considerado como el más noble y digno; el parentesco o vinculación especial con el Rey o con la Curia Regia, es decir, la Corte; y, por último, la sangre, la casta, el pertenecer a la raza de los visigodos o de los otros germanos que dominaron España antes de la invasión musulmana. Pero, entre todas estas formas de adquirir la nobleza, la categoría superior, destaca la del oficio de las armas, que, obviamente, permitía obtener fácilmente riquezas, prestigio, influencia y privilegios. Esta Nobleza tenía, a su vez, muchas categorías, que podían escalarse una a una o todas a la vez, por los procedimientos indicados. Estaban, primero, los Magnates o Ricos-hombres; venían a continuación los Nobles de segunda o nobles de linaje; luego, los militares o caballeros; seguían los infanzones, que en el reino de Asturias y León eran los hijos de los primates, que algún día serían los principales; y, por último, los simples hijosdalgo o hidalgos. Generalmente, esta última categoría estaba representada por hombres de la misma sangre y pretensiones nobiliarias que los primeros, pero sin recursos económicos. Alrededor de todas estas gentes pululaba una multitud que vivía al amparo de los nobles, prestando a éstos toda clase de servicios a cambio de alojamiento, vituallas y protección personal. Se les llamaba "paniguados", con vocablo muy expresivo, usado todavía hoy para designar a los protegidos o amparados por otro.

En la España cristiana de fines del siglo XV el Clero era, asimismo, un grupo social privilegiado, equiparado a la Nobleza. Los arzobispos, obispos, abades, priores, etc., gozaban de categoría igual a la de los títulos nobiliarios. Y si, al mismo tiempo, tenían a su cargo, como era frecuente, grandes extensiones territoriales, competían con ellos en todas las actividades sociales, políticas y hasta guerreras. El Clero formaba parte de las Cortes como uno de los tres Estados; y, antes, en la época de los Concilios de Toledo, fue el Clero el estamento dominante en aquella clase de administración pública.

En la sociedad de que vengo hablando, el Estado llano o Tercer Estado, representaba a la mayor parte de la población integrada por grupos con estatuto jurídico de libertad, pero sin privilegios. El resto de la población total, los grupos más numerosos, no gozaban ni de privilegios ni de libertad.

Fue la forma de adquirir la propiedad de la tierra durante la Reconquista lo que determinó el estatuto jurídico de los habitantes. Una de ellas, la "pressura", consistía simplemente en tomar posesión de terrenos baldíos abandonados en la tierra de nadie, es decir, en el espacio existente entre tierras habitadas por los moros y tierras habitadas por los cristianos. Recuérdese la costumbre de talar estos espacios para impedir o dificultar las expediciones del enemigo, las "razias". Pues bien, cuando un cristiano era lo bastante osado, audaz y valiente para instalarse, p. e., en el valle del Duero, corriendo todos los

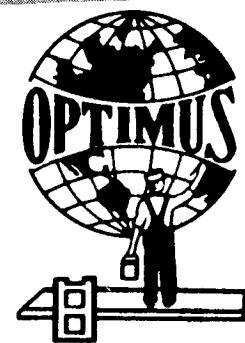
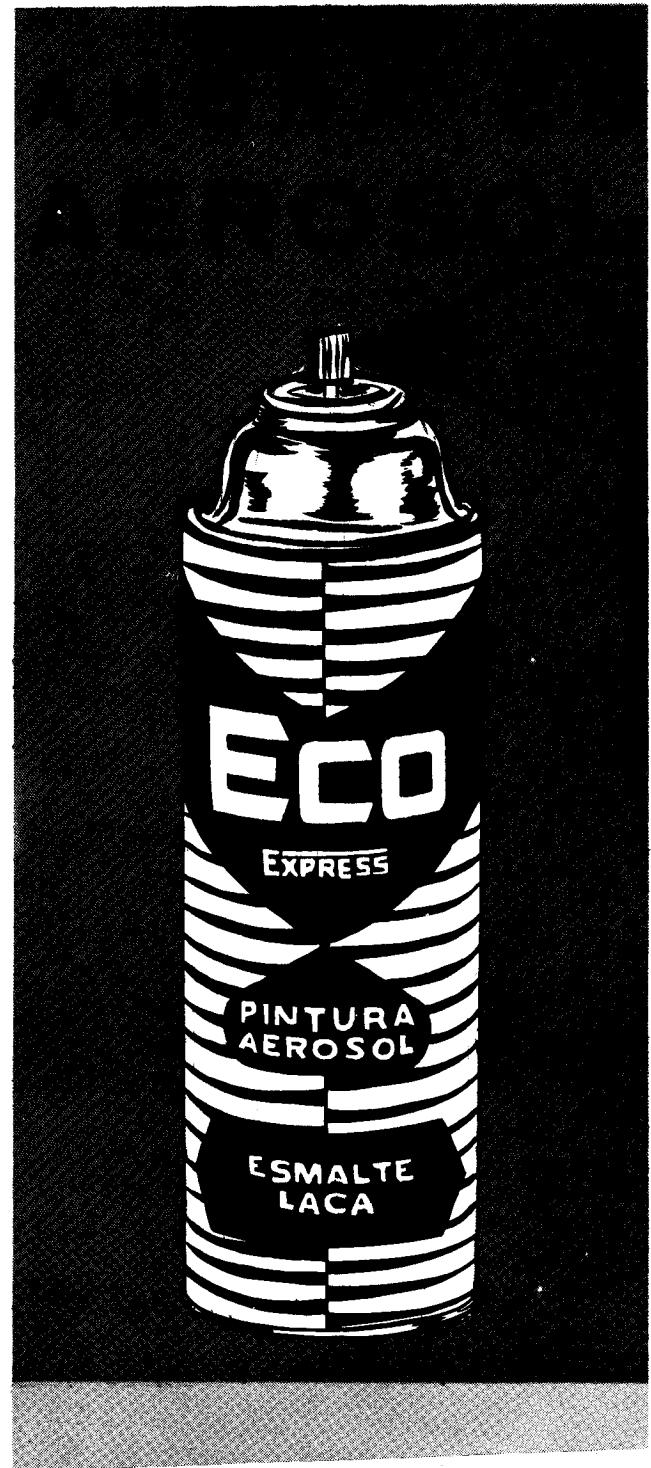


riesgos inherentes a posibles invasiones musulmanas, muy frecuentes siempre, no tenía que hacer, más que señalar el terreno del que quería tomar posesión y defenderlo con las armas en caso necesario. Algo parecido a lo que, durante el siglo pasado, hicieron los colonizadores en el oeste americano. A este sistema de tomar posesión de la tierra se le llamaba "pressura". Naturalmente, no importa cuál fuere su origen, libre o siervo, el nuevo habitante de la frontera adquiría, por ese solo hecho, el estatuto de libertad. Se reconocía, por imperativo de la necesidad, que una de las maneras de librarse de la servidumbre era, precisamente, formar parte de las milicias reales o concejiles que combatían constantemente contra los moros.

Otro procedimiento de adquirir la propiedad era el "repartimiento". Una vez que el Rey, o el gran señor feudal, había conquistado un territorio, lo repartía entre sus soldados, en proporción a la categoría de cada uno. Entraban en el reparto lo mismo la tierra que los habitantes vencidos, cayendo estos últimos en la servidumbre del nuevo amo. Y no siempre eran moros los vencidos, pues en la infinidad de guerras entre señores feudales, muchos eran los cristianos vencidos que caían en las garras del vencedor, en calidad de siervos, desde luego. Por muchas causas, la mayor parte de la población peninsular era sierva, o estaba "encomendada", como se diría en el Nuevo Mundo. Esta servidumbre tenía dos aspectos: la "potestad dominical" y la "potestad señorial". Por la primera, el señor estaba autorizado legalmente para vender, donar o hacer lo que quisiera de sus siervos; por la segunda, aplicable, incluso, a labriegos libres, el señor podía transmitir sus derechos a otro, vendiendo la tierra con todo lo que contenía, incluyendo a sus habitantes. Son éstos los llamados "siervos de la gleba", que pertenecen a la tierra que trabajan, sin poder salir jamás de ella.

El historiador Modesto Lafuente distingue en León y Castilla cuatro clases de señoríos y, por tanto, cuatro clases de siervos: el de "realengo", del que, como el nombre indica, era señor el rey personalmente; de "abadengo", propiedad de la Iglesia, encabezado por obispos, abades, priores o cualquiera otra dignidad parecida; el "solariego", el más duro, cuyos dueños eran los señores feudales, que gravitaba sobre los colonos y campesinos, pagando, entre otras cosas, una renta o censo que se llamaba "infurción"; y, por último, el de "behetría", que permitía a los vasallos escoger señor, y cambiarlo a su conveniencia. Las behetrías podían ser de "linaje" o "de parientes", en las cuales sólo se podía escoger señor dentro de determinadas familias originarias del lugar; y "de mar a mar", en las que no había límite alguno para poder elegir patrono o señor. Cuando el señorío con sus rentas era concedido por el rey o por algún otro gran señor feudal, constituyía una "encomienda", institución de muy vieja tradición en España, que hincaba sus raíces en el propio Derecho Romano.

Al introducir los españoles la encomienda en América no inventaron nada ni se esforzaron por imaginar nuevas formas de servidumbre o de explotación del hombre y de la tierra. Simplemente, se limitaron a aplicar aquí las instituciones jurídicas que, desde muchos siglos antes ya, existían en España, y que tenían bien conocidas.



PINTURAS OPTIMUS, S.A.

PINO No. 428 MEXICO 4, D.F.

TEL. 47-76-20 CON 10 LINEAS



Recuerdos de Antaño

por Carlos Rincón Gallardo Duque de Regla y Marqués de Guadalupe

Mi corazón charro reserva en sí los primores que fueron, y de esta guisa, me viene al magín el Paseo de las Flores, el Canal de la Viga, y Santa Anita, con sus holgorios mexicanos, alegres, legendarios, y harto concurridos. Sé que desde el puente del Molino, que tuvo existencia allá por las calles de Cuauhtemotzín, hoy, en este día, llamadas de Fray Servando Teresa de Mier, había una avenida de frondosos sauces. Año tras año, se ponía por obra el paseo de coches, jinetes y pedestres, desde el primer domingo de Cuaresma, hasta la Pascua del Espíritu Santo. El Viernes de Dolores, se efectuaba una animada romería, en la que el combate de flores era cosa muy de

comederos, en los que se servían ricos tamales de chile, de dulce y de manteca; y sabroso atole de leche, enchiladas, guajolotes, tacos y las viandas se rociaban con ricos curaditos de apio, de piña, de almendra, etc. Aquel pintoresco arrabal se miraba concurrido por infinita gente ilustrada o cualquier plebeya, vestida de rúta, sobremodo bullanguera y festiva. Con el frescor de la mañana llegaban a la calzada los charros más elegantes y más lujosos carroajes, tirados por hermosísimos caballos braceadores; y aquél va y ven duraba hasta muy pasado el mediodía. En la tarde seguía la holgura en Santa Anita y en Ixtacalco, a donde no faltaba la gen-

son de diestros tañedores de bandolones, arpas y bajos. Las mujeres iban coronadas con lozanas y frescas amapolas rojas y blancas, y los hombres llevaban, asimismo, coronas, pero cual toquillas de sus galoneados jaranos. Voladoras chalupas navegaban impulsadas por el remo bogado con destreza por cada una india, casi perdida entre flores y verduras. En aquel festejo todo era mexicano. Recuerdo con deleitación, los puestos de aguas frescas, con sus grandes tinajas de Cuautitlán, sentadas sobre arena húmeda, cubierta de flores; y las "chieras" guapas y morenas mozas, llenas de sí mismas, hacían alarde y muestra de sus atavíos hermoseados con sartas de



gustar. El histórico Canal de la Viga, de tan feliz recordación, se miraba surcado por gran número de trajineras, canoas y chalupas, compuestas y aderezadas de toda gala con amapolas de diversos colores, con olorosos chicharos, con alelías con azuladas espuelas de caballero, con claveles de vivísimos colores, con dorados zempoalxochitls, y cual floridas chinampas embellecían el rústico paraje, y perfumaban el tibio ambiente de aquel pedazo de nuestro México adornado, que por males de los pecados ajenos hemos dejado pasar a la historia de nuestros dulces ayeres. En la margen del canal se componían puestos de flores, y

tella de rompe y rasga, y al cabo y al fin, terminaba el bullicio con riñas y hasta con muertos. Las canoas iban hinchadas de paseadores que gozaban de contento indecible. En las alquiladas por personas de chapa, se iba con cierto buen acomodo, bajo toldos de petates sostenidos por postes que formaban arcos adornados con ramas y flores. Las canoas populares iban llenas; pero en ambas quedaban los medios desocupados para los bailadores que no faltaban, y que con gentil brío y continente, desenvueltos y bullidores hacían mudanzas y vueltas el pespuntear los jarabes y demás zapateados que se bailaban al

cuentas multicolores, con pulseras, zarcillos, brincos y rebozos de "bolita" o "coyotes". Ofrecían los refrescos, diciendo: "Aquí hay chía, limón, horchata, piña, tamarindo, jamaica. ¿Qué le sirve, mi alma? Pase a refrescarse". Y con desenvoltura servían esas vendedoras las aguas frescas. Con una jícara, pintada de colores gayos, sacaba de la tinaja la fresca bebida que vertía en otra jícara, y, luego al punto, en el gran vaso hasta que hacía espuma, y las vendedoras daban mesa a los parroquianos bailándoles el agua delante.

Se miraban por doquier arrogantes charros con calzoneras cerradas por relucientes y argentadas bota-

naduras, chaquetas de cuero bordado, jaranos galoneados, magníficos caballos ensillados con primorosas sillas vaqueras, admirablemente bordadas de pita, plata y oro, ajustadas sus prendas con valiosos herrajes, aderezadas con sarapes de gran precio, con sables que tenían costosas empuñaduras de plata cincelada, algunas con elegantísimos vaquerillos, los unos alazanes, los otros prietos o blancos, unidos entre sí con lindos "golpes" bordados de oro y de plata; las bolsas cerradas con "ojos", maravillas de filigranas.

Quien parecía en su remuda con anquera que iba haciendo tilín con el ruedo de "higas" y de "coscojos", hechos por manos maestras, y en resolución, todo era espléndido, reluciente, artístico, alegre, y con el boato con que de siempre se ha plantado el charro mexicano, que a mi fe no tiene rival, en garbo, en usos ni en ropa.

Todos los charros nos apercibíamos con mucha anticipación para salir a ver y ser vistos en aquel paseo aparejados con nuestras mejores galas. No había charro que

no estrenara algo, y aun algos, que no tuviera contento por ir a ese día de campo a darse galas y regocijos, y a sentar plaza de guapo delante de las lindas mozas que abundaban en ese regocijo. Algunos años tuvimos jaripeos, en los cuales los mejores charros de placer, y los más afamados de oficio, con temerario arrojo y gran bizarría se disputaban el prez en presencia del pueblo, que aclamaba con frenesí las faldas redondas de abanico que los arcionadores daban a los coludos, las floreadas y bien tiradas y amarradas manganas, y las "jineteadas". Todo eso ha desaparecido, y según a mí se me entiende, es en verdad convenible que la Federación, ahora tan bien presidida por nuestro querido, incansable y abnegado amigo don Lino Anguiano, trabaje para resucitar aquellas costumbres tan nuestras que atraerán a propios y extraños, si no en el Canal de la Viga, que eso es ya imposible, sí en Chapultepec, en que, verbi gracia, el Día del Charro se haga un remedio de aquel cuadro inolvidable, allí por el Lago, que me tocó en suerte, termi-

nar cuando fui presidente de la Junta Superior del Bosque de Chapultepec, puesto que desempeñé gratuitamente. ¡Qué hermoso sería ver siquiera una trajinera auténtica engalanada con lujo, y dentro de ella, chinas, charros y músicos entonando canciones a dos voces o zapateando bailes nacionales; chalupas y canoas con indias entre flores, mientras en la calzada los jinetes compitieran en concurso, y que se dieran premios, que se pusieran puestos de aguas frescas, y otros de tamales como los de antaño, para que el todo recuerde y represente nuestros usos y costumbres de los tiempos pasados, que agradarán, sorprenderán a todos cuantos las miren y disfruten, así sean simples como prudentes, del vulgo o de los escogidos. Se me antoja decir que se puede hacer de ese día uno que a campana tañida atraiga miles de gentes.

Sic transit gloria mundis.

Tomado de
Méjico en el
Tiempo (1946)



POR TIERRAS DE ANDALUCIA

por
Jorge
Garbariano

Un borriquillo con cestas cargadas de leños, miraba impasible el paso del tren. Me trae recuerdos de Platero. Atrás queda Cabra del Santo Cristo, en medio del viento fuerte y una lucha de sol y nubes en el día frío.

En el vagón, un joven parece reprochar algo a una anciana y finaliza diciendo:

—Eso no es viví, es marviví.

Y Andalucía comienza a dárseme en plenitud, en medio de su paisaje de chopos y la gracia de su hablar, más aún sabiendo de la proximidad de aquella ciudad que fuera cabeza de un reino árabe: **Granada**.

Llueve ménudo y sostenido, pero es como un encaje más en la capa mora de Granada, tendida en calles por las que se va con los ojos del espíritu inmensamente abiertos.

Los pasos llevan por la Calvo Sotelo, por la calle de los Reyes Católicos, por la Puerta Real, por la Placeta de los Tristes, y después, en el claroscuro mágico del Pasaje de la Alcaicería, guitarra y flamenco traen esa nota peculiarísima que parece venir no se sabe de dónde, pero sí desde siempre.

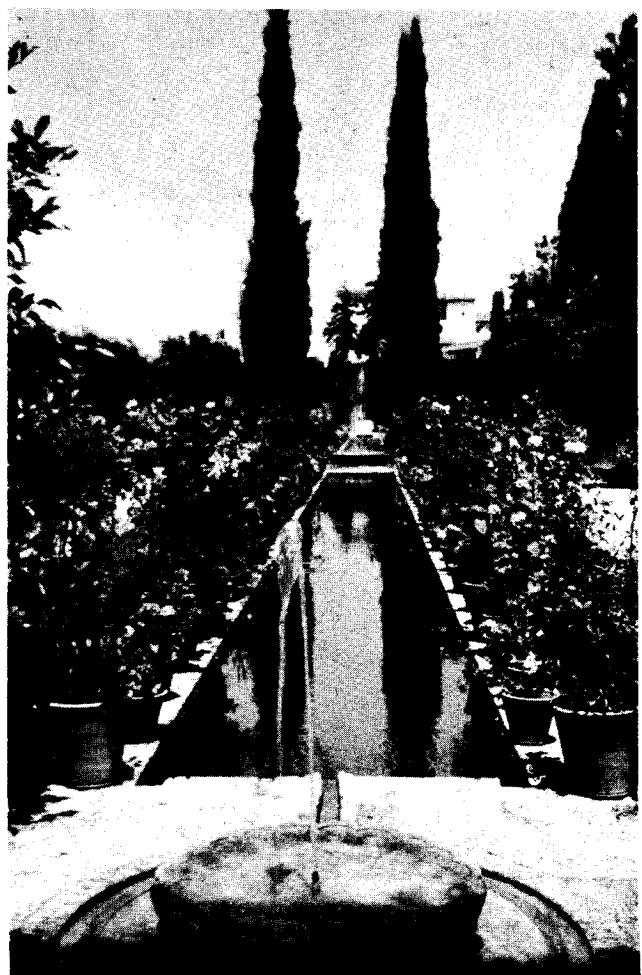
A la mañana, un cielo azulísimo reverberaba contra el espejo blanco de la cima de Sierra Nevada y se deshacía en cristales de luz. Desde el miradorcillo de Lindaraja, en la mítica, indescriptible Alhambra, podía escucharse el rumor de la vega. No me había desprendido aún del hechizo del Patio de los Arrayanes y el Patio de los Leones, con sus ajimaces, sus galerías, su bosque de ligeras columnas, llenas de encanto en su grácil delicadeza; llevaba conmigo la contemplación del Darro, el paseo que en las laderas del Cerro del Sol señalan el Generalife, con sus adelfas, cipreses y laureles, sus miradores y minaretes, sus fuentes en las que el murmullo de agua aquietaba el paisaje para que lo respiremos en fresco silencio. Luego serían motivo de asombro las cuevas gitanas del Sacromonte, y en el Albaicín, en el que "tuvo su paraíso en el siglo XVII el poeta granadino F. Soto de Rojas", al decir de la leyenda que reza en el frente de una casa ubicada en la Placeta de los Muñoces, en ese viejo Albaicín de callejas sinuosas y estrechas, sorpresivos pasadizos, iglesias mudéjares, casas moriscas, recorrió su Calle del Blanqueo Viejo, de Carniceros, sus placetas del Conde, de las Estrellitas, y era caminar por sueños de los que sólo se despierta cuando el sonido de un bastón golpeando el piso de piedras, nos dice de la increíble presencia de ciegos: ¡ciegos en Granada!, donde todo es luz, donde todo es gracia, donde todo es vida. Acaso sea el contraste más vivo que puede encontrarse, y bien lo sabía F. de Icaza cuando escribió los versos grabados en la Alcazaba: "Dale limosna mujer / que no hay en la vida nada / como la pena de ser / ciego en Granada". Porque todo se da para ser visto, gozado acaso voluptuosamente, intensamente.

—¿No ha visto usté Sevilla? —me preguntó el mozo andaluz que en la taberna de la calle Zacatín me traía gazpacho.

—Aún no.

—Pues si no ha visto usté Sevilla, no ha visto una maravilla, —agregando— pero si no hubiera visto usté Graná, no hubiera visto ná.

Era cuestión de poco tiempo: fue después de emo-

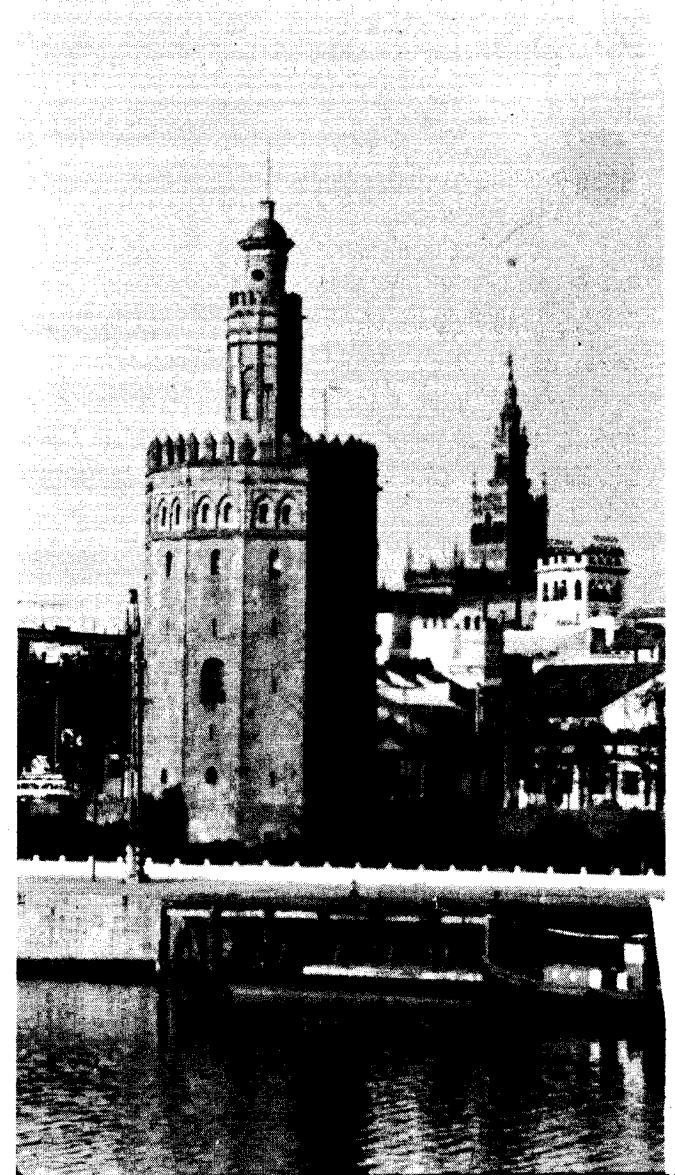


cionarme en la Catedral, en la Capilla donde los Reyes Católicos, donde Juana la Loca y Felipe el Hermoso, tejen en Granada su sueño eterno; después de meditativa contemplación desde el Mirador de la Cartuja. Fue después, si, cuando el pulso del Guadalquivir me llevó al cielo clásico y al aire alegre de Sevilla, de una alegría contagiosa, vital, característica de la gente que en las tardes soleadas va con su sonrisa a cuestas por la Avenida de José Antonio, por la Plaza de Santa Marta, por el Barrio de Santa Cruz —el más sevillano de los barrios—, con sus patios de azulejos, sus cancelas de hierro hechas arte, sus parques, sus balcones, espíritu de Sevilla que sube hasta el punto más alto de la Giralda —maravilla árabe de armónica elegancia— desde el que se contempla la ciudad dividida por el Guadalquivir.

—Aquello es Triana —me señala una hermosa y gentil sevillana. Y me voy al Barrio de Triana, y lo siento y lo vivo, como después sentiría el Alcázar de Pedro el Cruel, los Jardines de Murillo, el Parque de María Luisa. Todo tiene nombre de mujer porque todo es bello, es fino, es aroma y es esperanzado refugio.

En la emoción de andar por Sevilla hay una pausa más emocionada aún, aquella que nos pone frente al rostro inolvidable y la lágrima conmovida de la Virgen de la Macarena.

De la santidad a lo frívolo y en el Bodegón de la Escoba parece uno dialogar con los habitués de otros días. ¿Bastará acaso mencionar a Lope de Vega y a Lord Byron?



Otros lugares nos hablan de "Rinconete y Cortadillo" y los andares de Cervantes. ¡Y esa Calle de las Sierpes!

Andalucía, y Sevilla desde luego, es pródiga en iglesias y conventos. Ellos se dan en estilos que van desde el barroco al gótico, desde el ojival al plateresco, y la Catedral, levantada en el lugar donde se alzara la Mézquita, es de admirable grandeza y encierra obras de arte debidas a Murillo, Goya, Zurbarán y otros.

Después vinieron Sanlúcar de Barrameda, San Juan de Aznalfarache, Moguer, al que fuera en peregrinación laica hasta la tumba de Juan Ramón y de Platero, y Andalucía sucediéndose en Cádiz, Pto. de Santa María, Arcos de la Frontera, lugares para la vida y el avizorar paisajes de tierras y de mar, de decirles fáciles y graciosos, de vinos soleados. Pero ahora se llega Córdoba, la más ascética de las grandes ciudades andaluzas.

No ha amanecido aún y a nadie se ve por las callejitas estrechas donde el eco de los pasos rebota hasta confundirse con la pequeña y rumorosa fuente de la Plaza del Indiano. Cruzando el río a través de un puente romano, enfrente a la Torre fortificada de Calahorra, que se yergue a esa hora como una gran sombra. A pocos metros de ella una taberna abierta y acodado junto a varios obreros, veo a Córdoba desperezarse en aguardiente.

El amanecer trae un tiempo de luz fría, pero qué puede importar cuando se está, como ahora, viendo cómo ese mismo amanecer va dibujando con un despacio precioso, cada detalle de la incomparable Mézquita, en cuyo



interior, horas más tarde, me extasiaría ante esa maravilla comenzada a construir en el siglo VIII por Abd Er Rahman, y continuada a lo largo de siglos, con superposición de estilos, que es una de las características salientes y que ofrece a la vista el espectáculo de su selva de columnas y sus numerosos altares.

A las 8 de la mañana hay borriquillos frente a la Posada de las Herraduras, mientras otros bajan con sus tachos de leche por la calle Lucano. Plaza del Potro, y allí, en la fachada del Museo Provincial de Bellas Artes puede leerse: "... el Príncipe de los Ingenios de España, Miguel de Cervantes Saavedra, de abolengo cordobés, mencionó este lugar y barrio en la mejor novela del mundo".

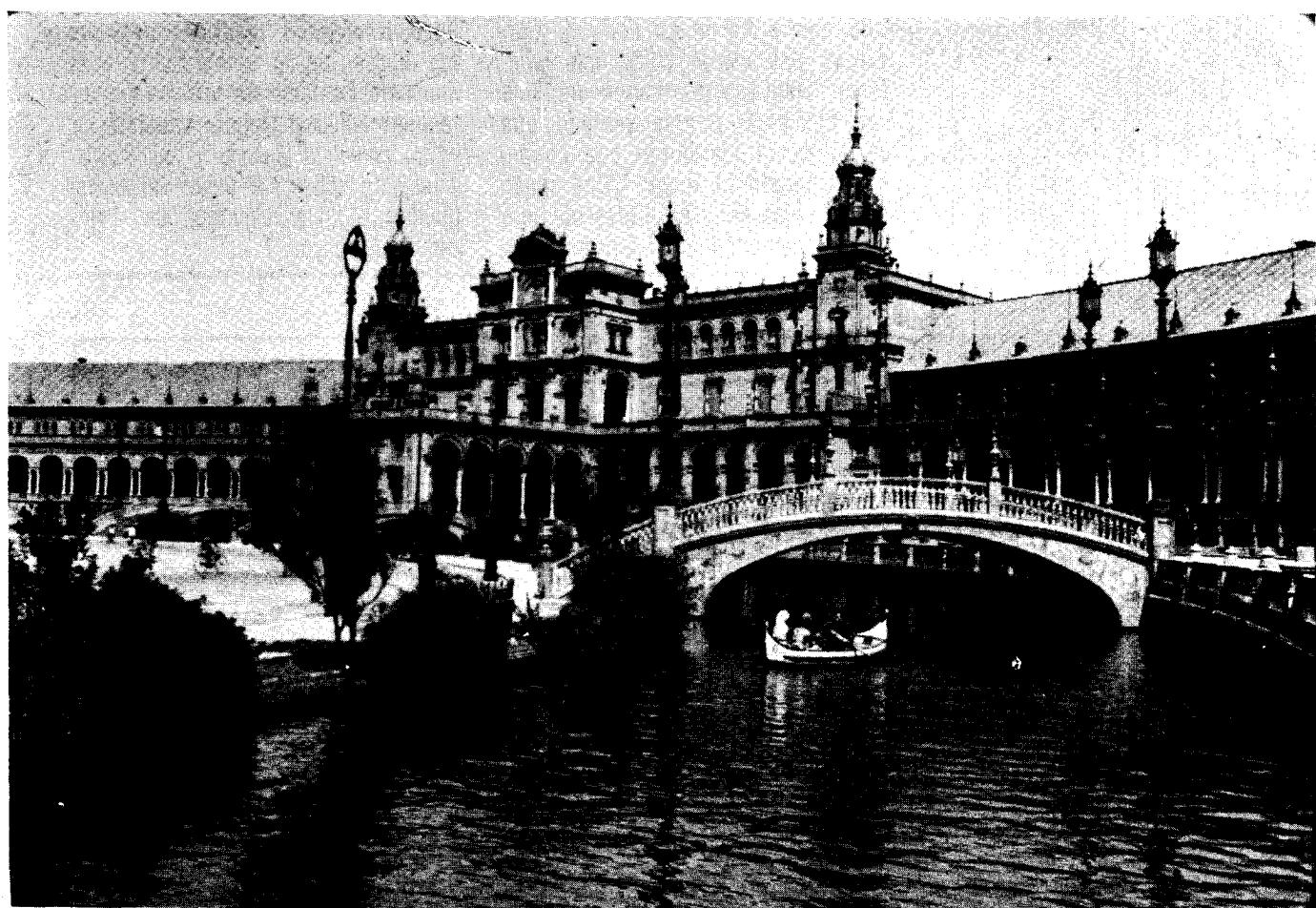
Luego, a la vuelta de una calle, aparecido como una esperanza, el Cristo de los Faroles; un poco antes, la casa donde nació el gran torero Manolete.

La vida en Córdoba comienza a animarse y muestra el encanto —aunque el motivo sea comercial— de su Calle de las Flores, o el sabor típico de sus patios, donde el juego de colores y aromas, en medio de una gran limpieza, lleva a permanecer en ellos, en su frescor, en su recogimiento a veces monacal. Siguen el Alcázar, el Barrio de la Judería y, en la Plaza del Socorro, cerrada en recovas, unas mujeres de pueblo preparan en una gran olla con grasa sabrosos churros. En la Plaza del Gran Capitán, la animación tiene su mayor centro, mientras el Paseo General Primo de Rivera ofrece el encanto de sus jardines.

A ocho kilómetros de Córdoba las ruinas de Medina Azahara; luego, otra vez el Guadalquivir, más calles, entre gente de menos expresividad que en Sevilla, pero igualmente espirituales.

Estuvo después la rubia y alegre Málaga, con sus hermosas mujeres, sus amplios paseos, su gente divertida y genio alegre. Así sigue dándose Andalucía, y queda para el viajero el recuerdo de horas gratísimas, donde la sensación de vida se experimenta exultante y la gracia del decir acompaña todos los momentos.

Andalucía de cielo claro y aire de cristal, donde a pocos se ve trabajar pero a todos vivir, con una filosofía peculiar hecha a corazón abierto. Y la imagen andaluza pervive en el alma para siempre.



Libros a la hoguera

por
Victor
Maicas

De su primera salida torna Don Quijote maltrecho, molido, y, venturosamente para él, es acogido por Pedro Alonso, su vecino, que, compadeciéndose de sus desventuras, bríndale su borrico para que a sus lomos se acomode, ya que Rocinante, en avanzadilla, transportará las armas y las astillas de la lanza. Triste y melancólico regreso del quebrantado caballero.

Y he aquí, que ya en el hogar mientras el bueno, el soñador don Alonso Quijano da reposo en el lecho a sus asendereados huesos, el Cura y el Barbero, con la anuencia de el Ama y la Sobrina, hacen escrutinio en la librería del ingenioso hidalgo de cuantos libros que, a decir de ellos, dañaron su cerebro.

Digno de meditación es el capítulo que a tal lance dedícale Cervantes. Así, vemos cómo tras laborioso inventario las manos del Ama van arrojando por la ventana que da al corral los libros que condenados fueron al fuego. ¿Qué quiso decir Cervantes? ¿Qué libros hay que no merecen ser leídos? Sin embargo,

creo que también él dijo "que no existe libro malo que no contenga algo bueno".

Abajo, en el patio, llegada que será la noche se consumará el auto de fe. Las llamas van devorando "cuantos libros habían en el corral y en toda la casa, y tales debieron arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así, se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores".

La humareda se eleva al cielo. El Ama, en su destructor frenesí, quisiera llevar a la hoguera la librería toda, pero al fin, se adoptará una solución intermedia: tapiar el aposento de los libros.

Y cuando Don Quijote, ya desapabilado, pretende dirigirse a su refugio intelectual, le dirán que todos sus libros fueron volatilizados y el aposento también por arte de encantamiento. Y Don Quijote aceptará de buen grado la noticia y no descubrirá que sobre las losas del corral quedan todavía resoldos del holocausto libresco.

MADERERIA

LAS SELVAS, S. A.

MADERAS

TRIPLAY, CELOTEX
FIBRACEL, MASONITE
DUELA PARA PISOS,
CAOBA, CEDRO ROJO,
OCOTE Y PRIMAVERA.

TELS.

22-23-22, 22-10-22 y 22-29-06

EMILIANO ZAPATA 124

MEXICO 1, D. F.

MADERERIA

CARDENAS

M. ALONSO Y CIA.



FERROCARRIL DE CINTURA 209

MEXICO 2, D. F.

TELS.

26-53-16 y 29-12-28

¡Cómo este episodio se repetirá a lo largo de los años! Hartas veces el libro sufre en sus carnes el martirio a que la ignorancia y el rencor le someten. La historia contemporánea nos dirá de las hogueras en las calles y plazas berlinesas, destruyendo, por estúpido mandato hitleriano, la materialidad de los libros, que no su espíritu que es invencible y volará por cima de las fronteras del odio. Pues ciertamente que no es con la destrucción de los valores espirituales, sino con la comprensión como ha de salvarse el hombre.

¡Acaso Don Quijote con sus locuras (si a sus ensueños de bondad pueden dársele tal nombre) no demuestra tener mayor cordura que los egoístas, los retorcidos, los envidiosos y los intolerantes? Dieron pasto al fuego los libros sobre los que tantas veces soñara, pero ellos, con sus teorías infundieron al caballero un espíritu desinteresado, una ansia de desfacer entuertos, aunque en cada hazaña quedara maltrecho de cuerpo...

Cervantes, hombre angustiado, desgraciado en su vida, carente siempre de tranquilidad, poco apreciado —valiendo tanto— de sus contemporáneos y, a pesar de todo, con el alma llena de luz y el corazón hinchido de piedad hacia su personaje. También Don Quijote es desventurado como su creador, también a él despojaronle de muchas cosas; tapiaronle el aposento de sus ensueños, arrojaron sus libros a la hoguera; pero, sin embargo, no consiguieron arrebatarle ni el sentido del honor, ni el de la justicia, pues el poso, gracias a sus lecturas, quedará en su espíritu.

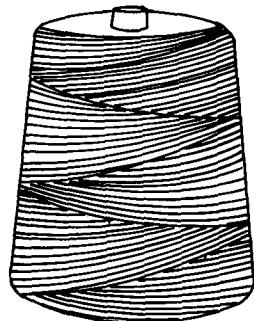
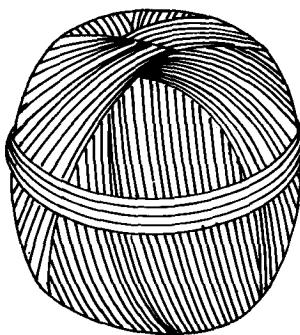
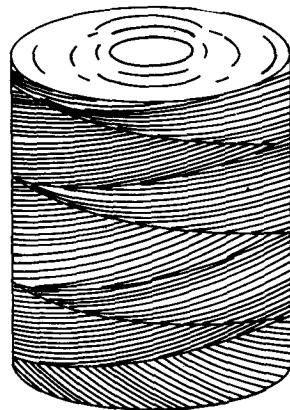
Porque el hombre, no lo echemos en olvido, sólo podrá salvarse de una destrucción espiritual saciando su entendimiento en las fuentes de la cultura y por ende siendo fiel a los postulados del amor, la comprensión y la tolerancia que a fin de cuentas, y esto es lo más importante, fueron siempre inspirados por un auténtico sentimiento cristiano.

¿Y no es éste acaso el sentimiento que está latente en la inmortal obra de nuestro don Miguel de Cervantes?

DRAGNIN, S. A.

FABRICA DE HILOS DE ALGODON Y NYLON, CORDELES Y CAÑAMOS. PULIDOS Y MERCE- RIZADOS. CORDELES 0, 00, 0000, PARA HAMACAS, REDES DE PESCA, CALZADO, CONFECION. CORDON PARA PERSIANAS, CABLES, PIOLAS Y CUERDA, CORDELES PARA USOS INDUSTRIALES Y CORDELES ESPECIA- LES EN GENERAL. HILOS PARA COSTURA.

HILO NYLON INVISIBLE



TELEFONOS:

71-14-22 71-36-71 Y 71-36-82
ORIENTE 233 No. 107 MEXICO 9, D.F.
APDO. POSTAL 7-862

CARLOS V



Carlos V, último emperador que vio la ciudad temporal y la ciudad eterna unidas, último emperador universal, tuvo como tal otro carácter singularísimo: fue el primero y el único emperador europeoamericano.

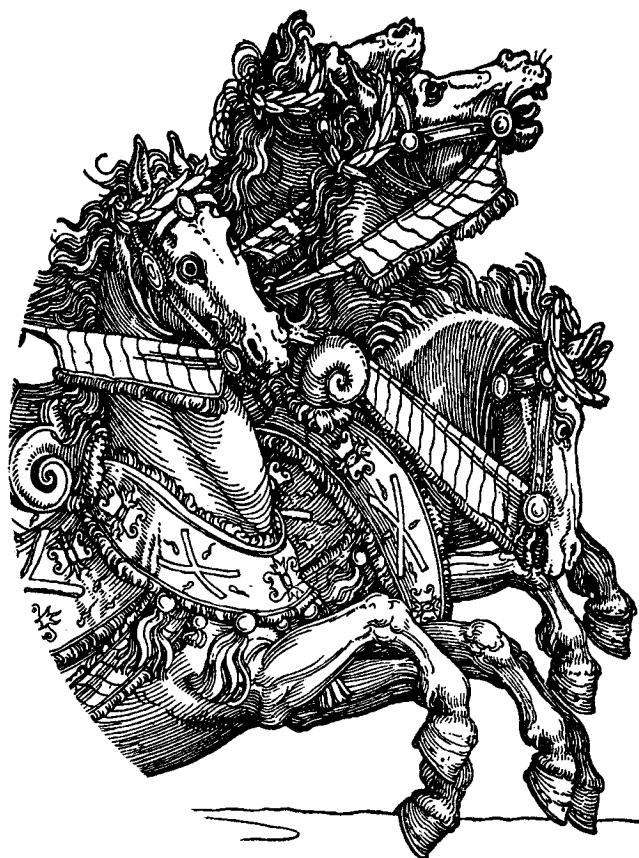
Carlos V fue el político que más sincera y firmemente creyó en la unidad europea, en esos Estados Unidos de Europa que hoy tan ansiosamente se desean y que no son, probablemente, una quimera. No es Europa un mero prejuicio cartográfico, pues la abonan cierta realidad física, reconocida desde los geógrafos griegos hasta hoy; cierta realidad racial, mediterránea, alpina y nórdica, en multimilenaria mezcla; una fuerte unidad cultural, elaborada en esos milenios de convivencias, y hasta muchos sólidos fundamentos de unidad política, simbolizados por hombres como Augusto, Trajano, Justiniano, Carlomagno, Luis el Piadoso, Gregorio VII, Federico II, Bonifacio VIII y demás.

De todos ellos, Carlos V fue el que rigió directamente tierras más extensas y apartadas. No sólo quiso unificar a Europa, sino que quiso europeizar a América, hispanizándola también, para incorporarla a la cultura occidental. Y esta prolongación del Occidente europeo por las Indias occidentales fue el paso más gigante que dio la humanidad en su fusión vital, el paso más gigantesco, desde las primeras luchas y mezclas de los grupos raciales en los tiempos prehistóricos, hasta hoy.

Y bien; la europeización de América va unida a esa idea imperial de Carlos V, que vamos viendo formada en colaboración con los súbditos españoles del César. Ahora, al lado

de Mota, de Valdés y de Guevara, el que formula para Carlos V un nuevo matiz del concepto imperial es otro español, salido de aquí, de la isla de Cuba, para comenzar en Veracruz una de las mayores empresas del descubrimiento americano. Es Hernán Cortés, el conquistador más preocupado de humanizar la dureza de toda conquista y de valorizar y engrandecer lo conquistado, quien, después de entrar en Méjico, escribía a Carlos en abril de 1522, noticiándole estar pacificada toda aquella inmensa tierra de Moctezuma: "Vuestra alteza se puede intitular de nuevo emperador de ella, y con título y no menos mérito que el de Alemania, que por la gracia de Dios vuestra sacra majestad posee." Memorables palabras, aún no recogidas por la Historia, en las que por primera vez se da a las tierras del Nuevo Mundo una categoría política semejante a las de Europa, ensanchando el tradicional concepto del imperio. Cortés quiere que el César dedique al Nuevo Mundo todo el interés debido, como a un verdadero imperio, para lo cual, con curiosidad humanística, le reseña la religión, gobierno, historia, costumbres y riquezas de Méjico.

Carlos V, preocupado por las intrincadas cuestiones del Mundo Viejo, no podría dar a ese imperio indiano, como le daba Cortés, una importancia igual a la del imperio romanogermánico. Aquél era un imperio simplicísimo, sobre gentes en estado primitivo, sin nexo alguno político con otras tierras, sin relación alguna histórica con el viejo mundo. Trabajó, sin embargo, Carlos V, como habían trabajado Fernando e Isabel, para dar al nuevo imperio

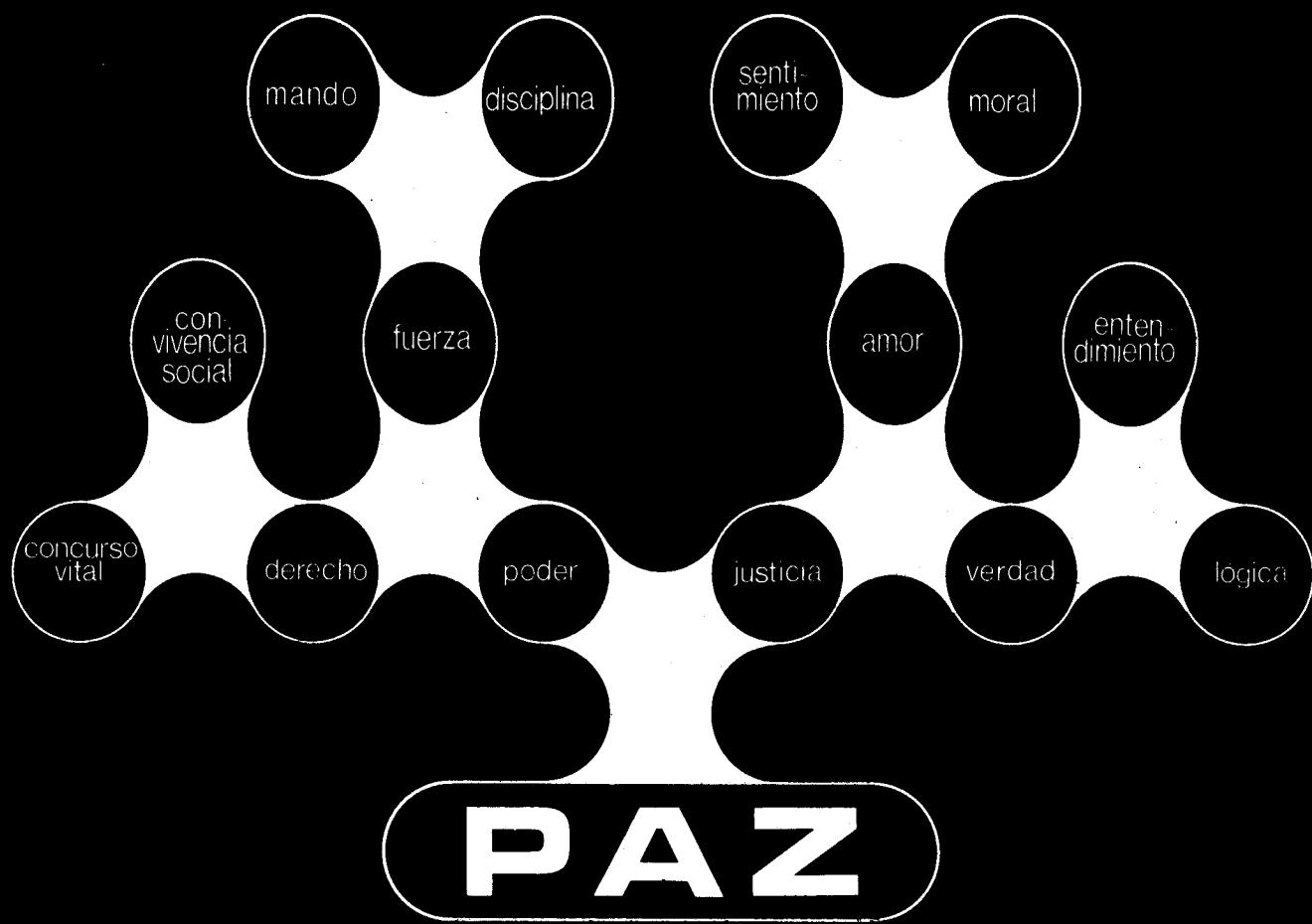


americano fundamentos de juridicidad que le vinculasen a la ideología del viejo mundo. Trabajó Carlos V en esto desde los primeros días de su reinado hasta los últimos, y entre las disputas de Sepúlveda y Las Casas nacieron esas admirables leyes de Indias, bastantes a amnistiar ante la Historia todas las faltas que la acción de España haya tenido en América, como las tiene toda acción política y conquistadora.

El imperio de Carlos V es la última gran construcción histórica que aspira a tener un sentido de totalidad; es la más audaz y ambiciosa, la más consciente y efectiva, apoyada sobre los dos hemisferios del planeta, y, como la coetánea cúpula miguelangelesca, lanzada a una altura nunca alcanzada antes ni después. El reinado de este emperador europeoamericano queda aislado, inimitable, sin posible continuación. Después de él, toda universalidad quedó excluida. Sólo ahora algunos hombres vuelven a buscar afanosos un principio unificador que pueda restaurar en el mundo la deshecha ecumenicidad. Si cualquier día la humanidad emprende tal restauración, entonces, sin duda, España, la de los frutos tardíos del renacimiento, tendrá algo que hacer en el abnegado camino de ese ideal.

Tomado de
Ideal Imperial de
Carlos V.
Ramón Menéndez Pidal
ESPASA CALPE, S. A.

**IMPERIO
EUROPEO AMERICANO**



El árbol genealógico de la Paz

NOTA ACLARATORIA
por
Luis
Huerta

Hoy la gente que le gusta ir a la moda, llena constantemente la boca con la palabra PAZ, sin pensar lo más mínimo sobre el sentido y alcance de ese término. Pocas son las personas que se preocupan a fondo con la filosofía de la PAZ, cuya entraña todavía está por conocer y sin lo cual no se podrá llegar a conseguir lo que con tanto afán todos anhelamos. Como contribución a este humanitario fin, hemos compuesto este árbol genealógico de la PAZ, donde se ve de un golpe visual el gran panorama que abarca.

Son sus padres el PODER y la JUSTICIA. El poder solo no basta, porque el poder sin justicia es tiranía. La justicia sin poder es inercia. Pero la JUSTICIA es hija del maridaje feliz del AMOR con la VERDAD. Para ser justo se requieren ambas cosas: el amor solo es mimo y la verdad sola es reto. Por ejemplo: muchas madres son injustas con sus hijos a pesar del gran amor que les profesan, porque son ignorantes. En cambio, hay patronos que saben mucho y son injustos con sus obreros porque les falta el amor. Por su parte el PODER es hijo del DERECHO y de la FUERZA: derecho sin fuerza es ineficacia y malestar, mientras que fuerza sin derecho es violencia y brutalidad...

Finalmente, se ve que se convive porque se concurre: la vida nos lleva a la solidaridad por estímulo del sentimiento unido a la moral y del entendimiento del brazo de la lógica. Alguien ha dicho que la lógica es la caña con la que la razón pesca el pez de la idea...

Breve comentario a un libro de Mario Méndes Campos sobre Rubén Darío

por
Joaquím
de Montezuma
de Carvalho



Tenía sobre mi mesa de trabajo un libro que me envió el autor, el brasileño Mario Méndes Campos, profesor de literatura en Belo Horizonte y miembro de la Academia Mineira de Letras. Una obra sobre "Rubén Darío y el modernismo hispanoamericano", incluido en la colección cultural de la Secretaría de Educación del Estado de Minas Gerais, aparecida en 1968, precisamente un año después del primer centenario del nacimiento del famoso poeta de Nicaragua. Un libro encantador de ciento doce páginas, que se leen con todo agrado y que son una reproducción de la conferencia que el autor, padre del poeta Paulo Méndes Campos, pronunció en la Academia Mineira de Letras, en mayo de 1967, el año del centenario dariniano, que festejó todo el mundo culto. Se encontraba en mi mesa como lectura pendiente y que por ninguna razón podía dejar. Con todo, hace sólo unos días que lo leí. El propósito de Méndes Campos fue el de trazar un itinerario biográfico de Rubén Darío para uso por brasileños, establecer los fundamentos y los aspectos del modernismo hispanoamericano y definir la poesía del autor de "Prosas profanas". Procuró dar una idea general de Rubén Darío, el hombre y el artista, y situarlo en ese movimiento amplio de arte y libertad que fue el modernismo hispanoamericano que impulsó el propio nicaragüense, definiéndolo de acuerdo con sus trazos exclusivos. La meta fue alcanzada y no merece más que elogios esa voluntad brasileña de añadir más conmemoraciones del centenario del poeta centroamericano, continental y universal que fue y será siempre Rubén Darío. Minas Gerais es una de las partes del Brasil que mayor interés ha demostrado por las letras hispanoamericanas. Recuerdo apenas dos nombres actuales de la intelectualidad minera, el veterano Eduardo Frieiro y la joven María José de Queiroz. El Brasil no se ha integrado en el "continente literario" que es América Latina, y procura hacerlo en la actualidad. Podrá obtener mayores beneficios de Bogotá o Santiago de Chile que de Roma o París.

Todo el libro de Méndes Campos es un acierto de erudición y sensi-



bilidad crítica. Empero no tiene una sola palabra avinagrada para Rubén Darío, que las merecía, puesto que es, absolutamente cierto lo que dijo de él el ensayista chileno Alone: "A Darío le gustaban los oropeles, las condecoraciones, el fausto oficial y académico, todo lo que brilla y resplandece. Era su debilidad. Quiso divorciarse de su segunda esposa, a la que nunca amó, para casarse, no con la humilde, abnegada y santa Francisca Sánchez, inmortalizada en versos llenos de gratitud profunda, sin duda sincera, sino con una dama de gran fortuna y buena situación que le daría lo que él anhelaba por sobre todo: el lujo".

Esa afición por las condecoraciones, tan criolla y ridículamente hispanoamericana. Ese gusto por el brillo que más parece ser una característica del atavismo indio que un defecto dejado por los conquistadores europeos... En una novela de Enrique Laguerre, portorriqueño, se decía que para matar a Trujillo bastaba empujarlo al agua. El peso de las medallas haría el resto.

Y esa afición a las condecoraciones no es ajena al otro gusto decorativo por los diamantes, los pavos reales, los cisnes, las princesas, las púrpuras, de que se ocupa tan frecuentemente la poesía de Rubén Da-

rio, reproduciendo una actitud similar del portugués Eugenio de Castro, cuyo centenario se conmemora este año. Algun significado tendrá el hecho de que Rubén Darío y Eugenio de Castro fueran poetas de la misma generación, el mismo arte, el mismo movimiento y, además, amigos y admiradores recíprocos.

El libro de Méndez Castro merecía tener un capítulo especial, dedicado a Rubén Darío y el Brasil. No basta la referencia ocasional a algún que otro hecho relativo a este país. Hay mucho qué decir sobre ese tema. Es también una lástima que Méndez Campos no se haya ocupado en su obra de las relaciones entre Rubén Darío y Eugenio de Castro, que un Enrique Díez-Cañiedo, extraordinario crítico español, ya fallecido, elevó a la categoría de influencia del lusitano sobre el hispanoamericano. Es evidente que Méndez Campos no ignora la conferencia que Rubén Darío pronunció en el Ateneo de Buenos Aires, en 1896, sobre Eugenio de Castro, y que se publicó por primera vez en el periódico "La Nación" de la capital argentina y, más tarde, la continuación que figuró en el libro "Los Raros" (1896) de Darío. Por ejemplo, cuando Méndez Campos define la poesía de Darío como la reforma

o el cambio de la expresión poética; la renovación de los temas, anteriormente ya desgastados, la depuración de la forma, la creación de nuevas imágenes, la huída de la realidad o la tendencia a evadirse en busca de regiones exóticas, la evocación de épocas pretéritas y leyendas mitológicas, el cultivo de la sensibilidad para la satisfacción de sensaciones inéditas y la preponderancia del elemento sensorial en la emoción estética, es como si aplicara las mismas palabras a Eugenio de Castro, que puede definirse también con todo esto, que es esencial para su caracterización. Eugenio de Castro fue, hasta hoy, el único poeta verdaderamente "popular" en España y América Latina, "popular" en tiempos de Darío, con una popularidad que aumentó desde principios del siglo hasta los años de la década de mil novecientos treinta. El arte nunca tuvo carácter democrático; es siempre aristocrático, por lo menos por el lado interno, el formal. El arte de Eugenio de Castro fue refinadamente aristocrático, porque, en él, lo formal se viste con las galas más raras y sutiles. Así pues, parece una contradicción el decir que la poesía de Castro fue "popular"; pero la popularidad se mide también por la aceptación de las minorías esclarecidas. Es incluso la única forma válida de medirle. Las masas entregadas a sí mismas, sin la dirección de una élite (la inmensa minoría), pueden correr tras el libro "que más se vende", pero no del que "más produce espiritualmente". El lusitano Eugenio de Castro tuvo precisamente esa difícil popularidad entre la élite hispánica e indolatina.

Pasemos ahora a lo esencial del libro de Méndez Campos, lo que el autor reflejó, incluso, en el título de su obra. ¿Qué piensa Méndez Campos del modernismo hispanoamericano? Bajo la denominación de modernismo, en la literatura española e hispanoamericana, debe entenderse (según Méndez Campos) un movimiento iniciado en la penúltima década del siglo XIX, bajo la influencia del parnasianismo y el simbolismo, con el objetivo primordial de renovar las formas de ex-

presión de la lengua castellana (la forma literaria, los temas, las imágenes, la corrección del léxico, la técnica de versificación y la sensibilidad misma). Méndez Campos sigue la línea general de los historiadores de la literatura, conceptualizando el modernismo en las letras españolas e hispanoamericanas como una viva reacción a los excesos sentimentales del romanticismo, con su descuido de la forma, la repetición fatigante de las imágenes y el frecuente vacío retórico. Méndez Campos, como la generalidad de los autores, presenta al modernismo hispanoamericano como un fenómeno literario de síntesis; en el que se fundieron las tendencias de fines del siglo XIX, agrupadas bajo los nombres de parnasianismo, simbolismo, naturalismo e impresionismo, cuyos ecos llegaban a América a través de Francia. En suma, es un movimiento delimitado, circunscrito y restringido a determinado momento (la penúltima década del siglo XIX), un fenómeno de confluencia o encuentro de corrientes afines. Es en eso en lo que estoy absolutamente en desacuerdo. El modernismo español e hispanoamericano

(y en este aspecto sigo a Juan Ramón Jiménez en algunas cartas que escribió a José Luis Cano, crítico contemporáneo español, y que fueron publicadas en la revista universitaria portorriqueña "La Torre" (No. 40, año X, 1962) es, sí, un movimiento, pero no enclastrado o delimitado en el tiempo, sino que se agiganta para el futuro y que vibra todavía. "Cuando se querrá comprender —escribía el Nobel J. R. Jiménez, de Puerto Rico, a José Luis Cano— que el modernismo no fue ni es una escuela, sino un movimiento general de búsqueda, de liberación, de restauración si se quiere, en lo religioso, lo filosófico, lo literario y lo artístico, que lleva más de medio siglo, que continuará en todo éste y que equivale a un nuevo renacimiento (). El parnasianismo y el simbolismo sí son escuelas que están dentro del modernismo universal".

El concepto de Juan Ramón Jiménez es como si dijese: el modernismo es un movimiento proyectado para toda una época; es él mismo una época. Puede dividirse en escuelas y subgrupos; pero, en sí mismo, es algo ilimitado, como una

galaxia. Restringir el concepto a una década es como decapitarlo. Todos los movimientos posteriores o, mejor, subgrupos (el vanguardismo, el ultraísmo, el neogongorismo, el surrealismo, etc.) no dejan de ser modernistas.

Del mismo modo como se vive todavía hoy la Revolución Francesa, en sus últimas consecuencias, también los subgrupos están viviendo aún con el mismo espíritu original que caracterizó al modernismo (la búsqueda de originalidad, la libertad que no es libertinaje, la explotación de lo inédito).

Es éste el reparo que le pongo al libro de Méndez Campos. ¡Con su definición casi podría llegar a la conclusión de que el modernismo era esencialmente el simbolismo! Desde luego que este último fue un modernismo; pero el modernismo, como hecho especial, no se consumió con esa escuela literaria que tuvo tanta influencia en las letras luso-brasileñas como en las españolas e hispanoamericanas.

Realmente, los críticos literarios y los profesores de literatura tienen un exceso de análisis que, de manera invariable, los lleva a crear nuevos apartados, para diferenciar lo que presentan y, en esa forma, hacerlo catalogable. No obstante, muchas veces pierden de vista lo más genérico y universal para ocuparse exclusivamente de lo que constituye tan sólo un fenómeno parcial, aunque integrado en el más general. Y se olvidan de establecer la relación entre lo particular y lo general. Esto último se pulveriza y pierde presencia. Se evapora el continente y nace un archipiélago. Pero es entonces cuando surge un Juan Ramón Jiménez que, clamando en el desierto, restituye su unidad al mamut desintegrado. El modernismo es ese gigante devorador de muchas décadas y consumidor de muchas escuelas literarias.

Sólo en ese punto le hago una rectificación al libro ensayo del profesor Mario Méndez Campos. El resto es una lección lúcida de crítica y amor por el poeta estudiado. El amor es también lo único que explica la existencia de los libros escritos de manera superior.



BUENOS MALOS Y REGULARES

APOLOGIA DE UN LIBRO

por
Emilio
Marín
Pérez

Don Fredo Arias de la Canal, felicísimo escritor mexicano, director de la revista "Norte", publicación que fue dirigida anteriormente en la propia capital de la nación hispánica de Norteamérica —durante muchos años y para su gloria—, por el poeta asturiano Alfonso Camín, me envía un libro, un libro que no es suyo —de su firma quiero decir—, pero que coloca sobre su cabeza, como diríamos en lenguaje cervantino de buena traza, cuyos giros con vigencia suele emplear nuestro literato en demostración de su buen gusto y exacto dominio de la lengua común.

Pues, bueno, el libro, que tiene un título desusado y diría yo que originalísimo, que es superlativo, se llama "Buenos, Malos y Regulares" y lo editó la propia revista por segunda vez, puesto que la primera lo hizo a plazos y en sus mismas páginas, para recreo de sus lectores.

Hoy no se estila el "folletín" o el "folletón", la literatura a cucharadas, que se pierde el hilo en el

transcurso de los días por las muchas preocupaciones que nos embargan, y no hay cosa que más rabiadé.

Pero "Buenos, Malos y Regulares" se puede leer a plazos —y estuvo bien que a plazos se diera a los lectores en primera instancia— porque son estampas y cada una se puede valer por sí con su mérito o su encanto específicos.

Y que conste que no he querido decir del todo que nuestros abuelos estuvieran despreocupados, con las manos y las mentes libres todo el santo día, y que tuvieran mucho espacio en la memoria para meter en ella firmemente la trama de aquellos novelones que estaban en boga en su tiempo.

Pero podría ser y era que las preocupaciones de entonces fueran compatibles con la literatura kilométrica en la salsa de las veladas familiares de la primera noche, en las que cabía el rezo del Rosario y podía ser la entrega de la novela de turno una ponencia de interés, todo

a los amores de la candela y del quinqué, o sólo del segundo, si el ambiente tenía calor propio para no desear el concurso de los tizones.

Conviene insistir para dar las cosas con la claridad necesaria: "Buenos, Malos y Regulares" no necesitaba plazos, aunque en verdad todo lo que vale en estos tiempos se nos dé en ellos, para que parezca menos nuestro. Su extensión es poca; unas ochenta y tantas páginas con prólogo y todo, que se le van a uno como si no fuera nada, de lo que gustan.

Tiene el libro XXXII estampas y según consta en un subtítulo que lleva son "sanmiguelenses", con lo que está dicho el asunto para que nadie piense en mayores truculencias. El San Miguel del caso es San Miguel de Altende, un pueblo de Guanajuato, en el meollo de México, que anda hoy por las cincuenta mil almas, y que todavía por su talla debe ser una colmena deliciosa. Por si hubiese duda, Gutierre Tibón, en el prólogo, lo certifica. El quiso ha-

cerse un sanmiguelense más y hasta compró un terreno allí para hacerse una casa.

Y para luego es tarde, como podría añadir el más lerdo; hay que decir que estas estampas son de la pluma de un poeta fino, de Leopoldo de Samaniego, que tiene arte y parte en la revista "Norte"; y que a lo mejor se hicieron para ella.

Empiezan en un San Miguel de antes del deguerrotipo, en el que se movían sus antepasados, los Malo Herrera, protagonistas de esta visión retrospectiva, cuando, para más puntualizar, era todavía México colonia española.

Los Malo, andando el tiempo, como que tenían dinero y no eran conformistas, se llevaban como perros y gatos. Se hicieron Malos de verdad, por lo menos unos para otros.

Una legión de abogados comía a cuenta de los dos bandos en que se partió la casta, y entre ellos, quizá jugando a la fuerza, estaba el mismísimo San Miguel Arcángel. Dice el autor que una socorrida jaculatoria familiar era:

"Ayúdanos, Santo Príncipe, contra los sinvergüenzas de nuestros primos, que nos quieren robar la hacienda".

No hacía falta ni decirlo, porque ustedes que se las saben todas ya lo habrán adivinado, el patrono del pueblo es el Arcángel, y todos los nativos se volvían miguelitos antaño.

Samaniego cuenta que en la rama de la bisabuela había unos pocos bajo el mismo techo, pero es mejor que lo diga él para que sirva de muestra. Además su prosa tiene una gracia castiza que yo no sabría darle a la mía.

"Miguel se llamó el hijo mayor de la familia y se le decía 'mi tío grande'; el que le siguió en turno se llamó, también Miguel y se le conocía como 'Miguel de en medio'; un hermano menor llevó el mismo nombre y era 'mi tío chico' y Migueles hubieran sido todos los varones, si hubiera habido más. No sucedió así y hubo después de ellos toda una teoría de mujeres. Entonces y para que la cosa no cerrara en falso, una de ellas se llamó Micaela."

Una tía Luz del relatante, quizá del tronco mismo de los miguelitos de que acabamos de hacer constancia, doña Luz Malo y Lartundo, contrajo matrimonio con un español apellidado Bueno y... ¡mire usted por dónde!, de aquella unión nacieron los Regulares. No llegó a figurar tal apellido en los registros pero era de uso común entre las "lenguas finas" de la localidad.

En fin, que no se puede contar todo de un tirón, y menos yo, que no estoy por apropiarme de ajenas cosechas. Baste con nombrarlas y, de postre, con alabarlas, diciendo que todavía se escribe con el viejo garbo, soltura y esquisitez que usaron en sus libros los autores de nuestra novela picaresca, sin recurrir a lo arcaico y apolillado y sin salirse de los limitados términos que ofrecen una familia y un pueblo. Familia y pueblo que si requieren algún agujón que otro de urgencia salen indemnes a la postre por el aquél de la justicia o el otro del cariño filial.

TRES POEMAS DE MARYSOLE BAZ DE WORNER

LA CADENA

A mi hijita Marysole.

La larga cadena que formaron,
eslabón a eslabón, tantas mujeres
desde remotos tiempos ignorados,
y que llega a nosotras sin romperse,
nos obliga a seguirla prolongando;
e inquieto el corazón se siente,
hasta aquel dulce instante en que logramos,
forjar el eslabón que nos sucede.

Tengo una madre que me dio la vida;
y yo, a mi vez, la vida también di;
el último eslabón es la hija mía,
y en ella está suspenso el porvenir.
Es la nueva promesa; la esperanza,
que volverá a brindarles otra vez
la vida, a nuestras madres del pasado,
que sentirán en ella renacer.

Hay en su alma la herencia de otras almas;
el amor con que amaron; y también,
el dolor abnegado y la ternura
que depuran mujer tras de mujer.
Es la madre adorable del futuro;
eslabón que tendré que proteger,
hasta ver en el suyo entrelazado,
aquel que la tendrá que suceder.

Agosto de 1942.

Lluvia de julio,
los pastizales
se han puesto verdes
de tanto amarte;
verdes las zarzas,
verdes los sauces,
verdes las frondas
de los pinares.

Los hongos abren
sus paragüitas;
contigo juegan
a no mojarse,
mientras desnudas
las florecitas,
rién pidiendo
que tú las bañes.

Lluvia de julio,
galante invitas
mis pies cansados
a aligerarse;
mas no soy hongo
con paragüitas,
ni flor desnuda,
burlona y grácil.

Hongos y flores,
con loca risa,
de mi torpeza
van a mofarse,
cuando me miren
correr de prisa
sobre los pastos,
y... ¡me resbale!

Cayeron las lluvias en el campo;
en mí también.
Partió el rayo por mitad al árbol;
a mí también.
Su follaje las aguas arrancaron;
el mío también.
Se quedaron sus ramas como garfios;
las mías también.
Los gorriones huyeron desbandados;
de mí también.
Sus raíces la vida conservaron;
las mías también.
En su tronco la savia concentraron;
la mía también.
Nuevas yemas en brotes reventaron;
¡en mí también!
Hoy, frondoso se extiende el mismo árbol;
¡y yo también!!

1949

SERENATA GUAJIRA

Si me saben tus desdenes
lo mismo que «mamoncillos»,
no me digas «por qué vienes»,
que no me pierdo en los trillos.

Cuando iba yo hacia Cayamas,
desde Cauto Embarcadero,
sobre mi alazán ligero
y bajo aquel Sol en llamas;
atravesando el potrero
o a nado cruzando el río
para ganar la sabana;
¡que nunca ocupé chalana
con mi potro guerrillero,
que iba cortando el sendero
por llegar pronto al bohío,
en pugna con el lucero
que en esta noche lozana
quiere llegar el primero
para adornar tu ventana,
mi cubana,
te quería
lo mismo que ahora te quiero!

¡Racimoto de corojos
que en mi mano amanecía:
no me hables más del sitiero,
que el duelo fue por tus ojos,
pero la pena aún es mía!
Eso lo sabe, bien mío,
la Luna, que estaba quieta
como una garza en el río.
¡El, muerto, y yo, prisionero!
¡Lloraba hasta la carreta
por el camino vaquero!

Pero
vamos a olvidar pesares;
que en tu huerto, el limonero
está blanco de azahares.
Y así van, acelerados,
detrás de ti mis suspiros,
como si fueran venados
por los caminos guajiros.
No me los siembres de tuna.
Tu negro pelo desata
sobre tus hombros de luna.

La noche es tuya y es mía.
Corazón en serenata:
¡quiero volcar en tu bata
toda la fresca alcancia
de mis luceros de plata!

Si me saben tus desdenes
lo mismo que «mamoncillos»,
no me digas «por qué vienes»,
que no me pierdo en los trillos.

Jorge Guillén

PARAISO REGADO

Sacude el agua a la hoja
Con un chorro de rumor,
Alumbra el verde y le moja
Dentro de un fulgor. ¡Qué dolor
Abrusca tierra inmediata!

Así me arroja y me ata
Lo tan soleadamente
Despejado a este retiro
Fresquísimo que respiro
Con mi Adán más inocente.

PEQUEÑA

DE

José María Pemán

EL AMOR HONDERO

Se metió mi amor a hondero:
nunca hubo hondero mejor . . .

Tiene la honda trenzada
con rayos de oro de sol.
Con rosas, que no son piedras,
siempre acierta al corazón . . .

¡Nunca hubo hondero mejor!

BREVES

Angela Figuera Aymerich

SUEÑO

Dormía tan quietecito,
tan quietecito, tan quieto,
que, de pronto, me entró miedo . . .

Loca, me llegué a la cuna
y le acribillé de besos
hasta que me abrió los ojos
emborrachados de sueño.



ANTOLOGIA

POEMAS

Jorge Guillén
José María Pemán
Angela Figueroa Aymerich
Juan Cervera
Juan Ramón Jiménez
Dámaso Alonso

Juan Cervera

HOMBRE DE CUALQUIER TIEMPO ...

Hombre de cualquier tiempo,
recuerda que también
yo fui contemporáneo
del sol y de la tierra.

Juan Ramón Jiménez

EL POEMA

¡No la toques ya más,
que así es la rosa!

Dámaso Alonso

GOZO DEL TACTO

Estoy vivo y toco.
Toco, toco, toco.
Y no, no estoy loco.

Hombre, toca, toca
lo que te provoca:
seno, pluma, roca,
pues mañana es cierto
que ya estarás muerto,
tieso, hinchado, yerto.

Toca, toca, toca,
¡qué alegría loca!
Toca. Toca. Toca.

DE UN LIBRO QUE ESPERA

Eduardo L.
Fuentes
Saltillo, Coah.

72/NORTE

No sé cómo decir de mi tormento
cuando la voz se apaga;
cuando filosa daga
en mis carnes encuentra su alimento.

No sé cómo decir de mi tormento
si me niegas de amor una mirada,
porque dejas clavada
en mi alma la furia de tu acento.

La furia de tu acento en donde estalla
del desprecio profundo el cruel mensaje,
de un sobrado coraje
cuando mi labio calla.

¿Para qué hablar si nada te diría
que fuera de tu agrado?
Lo pasado... ¡pasado!,
pero no olvido que tú fuiste mía.

Fuiste mía y quisiste que yo fuera
tuyo también, sin aires de mudanza...
¡Qué lástima, perdida la esperanza
ya no vuelve jamás la primavera!

Y hoy no sé qué decir de mi tormento,
y si culpable soy o tú lo has sido,
sólo sé que aquel nido
se lo ha llevado huracanado viento...

Mas si el tormento tiene una medida,
para variar el canto
te brindo de mi pena el triste llanto
y, lo pasado, olvida!

De la sierra en las escarpadas,
buscando casa de abrigo,
logré ver que en el naufragio
—abajo el mar— el peligro
hacia gala de poder
con estruendo entre los guijos,
para dejar, donde azota,
arenales carcomidos...

Esperaré la marea
como señal de lo antiguo,
para bañarme en sus olas
con ánimo convulsivo...

Y he de sentir las caricias
de aqueste océano magnífico,
en donde mil aventuras
jugué con sus torbellinos...

Bien recuerdo aquella tarde...
—El aire era más bien tibio—
nos enviaba sus aromas
de algas y de mariscos...

¡Y era un amor insondable
elevado al infinito
el que nos brindaba el mundo
con hogueras de delirio...

De pie sobre la rompiente,
loco, jugué con tus rizos
sin pensar que era mi barco
el que rodeaba al abismo...

Hoy prefiero entre la sierra
buscar mi casa de abrigo,
porque para ese naufragio
de amor, no medi el peligro...!

Porque en la sed de amor que me vedaste
hay de la urdimbre de cariño el hueco,
crece en mi pecho una pasión recóndita
que fabrica los más altivos sueños...

Olimpico el desprecio, vulneraste
las raíces profundas de mi anhelo,
y quedaron en sombra, enmudecidos
los ardientes anhelos en mi pecho...

Todo fue así tan de repente y pronto
que se hizo en mis reclamos el silencio,
y sin rocío, desmayados lirios
curar quieren la herida que has abierto.

Sombras de mal tan sólo veo en torno,
y de tu voz no escucho ya ni el eco,
y se deslie en tardes el paisaje
en horizonte vago y ceniciente...!

No hay a mi cuita nadie que responda,
y que ponga a mi mal, buscado término;
todo en dolor y llanto se consume
y me envuelve la arena del desierto.

Lejos de mí la luz de la esperanza,
sufro, de tus desdenes, el asedio,
porque constantemente se acumulan
las nubes que ensombrecen mis ensueños...

¿Qué agobio, de qué grito, de qué muerte
por sus fueros diabólicos ha vuelto,
y con hiriente y alocado ritmo
deja en mi corazón su mal supremo?

¡Oye, mujer! No quiero tus excusas,
sino dormir de amores en tu seno,
porque ya sabes que en tu amor soñaba
sin encontrar jamás dulce sosiego...

¿Por qué herir con puñal de claudicante
amor sin fuego, si por ti me muero;
y está en pie el valor de mis promesas
y se consume de tu ausencia el vértigo?

¿Por qué se rien, dime, las estrellas?
¿Por qué el amor nunca ha de ser eterno?
¿No comprendes que en medio del silencio,
cuando se cierra tenebrosa noche,
y todo al parecer se lleva el viento,
es inútil querer que amable abrieras
tus ventanas risueñas a mi anhelo?

Yo sé, mujer, yo sé aunque no lo digas
—si callando lo dices, roto el pecho—
que no hay amor del que soñaba cuando
te has vestido con el iris del desprecio.

No es inútil decirlo: paso a paso
y en la comunión de desacuerdos, hubo
la certidumbre del fatal destino
de que amor sólo es palabra vana
que se esfuma en la esencia del misterio.

Ese misterio impenetrable donde
quiere nacer en vano el sentimiento
y tu voz apagada de zozobras
hiere mi corazón con sus silencios,
porque el amor no existe ni ha existido
en el amplio confín del Universo...!

... ¡Pues fíjate nomás! Es lo que dices
con acento folklórico marcado,
recordando la niebla del pasado
en que hubo aventuras y deslices...

... ¡Pues fíjate nomás!... Y lo bendices
por todo lo que ello te ha enseñado,
hasta ponerte, acá, del otro lado
en donde ya se hallan los felices...

¿Experiencia? ¿Sabor de tempestades
que dan margen a todas las saudades
huyendo del terror y del martirio,
para ser, en el centro de la vida
una escalera rectamente erguida
con arte depurado de equilibrio...?

VIVIR

Este estar y no estar, este sentirse
juguete del deber, de la costumbre,
este no esperar más que pesadumbre,
renuncias y vejez hasta evadirse

al incógnito reino, este sumirse
en el abismo mientras en la cumbre
se fijan las miradas sin que alumbre
ni una estrella el camino; este pudirse

poco a poco, sin pausa, cuando en torno
florece la semilla tardíamente
sembrada por amor o por instinto;

este absurdo soñar con un retorno
del turbio río a la serena fuente
pretendiendo sea todo tan distinto.

**Justo Guedea Marrón
Madrid**

LOS CONTEMPORÁNEOS

GERARDO DIEGO

Nacido en 1896, Gerardo Diego, es actualmente uno de los líricos españoles más destacado de su gloriosa generación, la del 27. Su bibliografía es extensísima. Comenzó publicando *Imagen* en 1922 y hoy en día sigue publicando con la misma fuerza creadora de entonces. Es dueño y señor de su lenguaje. Nació con el ultraísmo e influido por la voz de Vicente Huidobro, pero muy pronto se liberó de esta escuela y "dio, tal como señala Sáinz de Robles, medida exacta de gran talla creadora, después de pasar por unos episodios surrealistas y gongorinos". Pero finalmente pudo en él lo que es y ha sido siempre la verdadera poesía española: la esencia castellana, aunque, sin ser andaluz, la poesía de Gerardo Diego está también tocada por ese asombro del duende que viene y va de Andalucía y en sus versos, tan castellanos, mora con frecuencia.

Aquí, queremos hoy rendir nuestro homenaje a este gran lírico, que con Vicente Aleixandre, Rafael Alberti y Jorge Guillén, son los únicos supervivientes de aquella gran generación que fue denominada del 27, y a la que perteneciera Lorca.

TORERILLO DE TRIANA

Torerillo de Triana
frente a Sevilla.
Cántale a la sultana
tu seguidilla.

Sultana de mis penas
y mi esperanza.
Plaza de las arenas
de la Maestranza.

Arenas amarillas,
palcos de oro.
¡Quién viera las mulillas
llevarse el toro!

Relumbrar de faroles
por mí encendidos.
Y un estallido de olés
en los tendidos.

Arenal de Sevilla,
Torre del Oro.
Azulejo a la orilla
del río moro.

Azulejo bermejo.
sol de la tarde.
No mientes, azulejo,
que soy cobarde.

Guadalquivir tan verde
de aceite antiguo.
Si el barquero me pierde,
yo me santiguo.

La puente no la paso,
no la atravieso.
Envuelto en oro y raso
no se hace eso.

¡Ay río de Triana,
muerto entre luces!
No embarca la chalana
los andaluces.

¡Ay río de Sevilla,
quién te cruzase
sin que mi zapatilla
se me mojase.

Zapatilla escotada
para el estribo.
Media rosa estirada
y alamar vivo.

Tabaco y oro. Faja
salmón. Montera.
Tirilla verde baja
por la chorrera.

Capote de paseo.
Seda amarilla.
Prieta para el toreo
la taleguilla.

La verónica cruje.
Suenan caireles.
Que nadie la dibuje.
Fuera pinceles.

Banderillas al quiebro.
Cose el miura
el arco que le enhebro
con la cintura.

Torneados en rueda,
tres naturales.
Y una hélice de seda
con arrabales.

Me perfilo. La espada.
Los dedos mojo.
Abanico y mirada.
Clavel y antojo.

En hombros por tu orilla.
Torre del Oro.
En tu azulejo brilla
sangre de toro.

Adiós, torero nuevo,
Triana y Sevilla,
que a Sanlúcar me llevo
tu seguidilla.

LOS CLASICOS

MIGUEL MORENO

Nació en Villacastín, Avilla, por los años de 1596. Murió en 1655. Fue destacado poeta y también novelista. Notario de la Curia Regia y secretario del rey Don Felipe IV. Dicen que este monarca fue un gran admirador de su talento, por lo cual le envió a Roma con la embajada de Fray Domingo Pimentel, obispo de Córdoba, y de don Juan Chamucer y Carrillo, y allí presentó al Pontífice el célebre Memorial de los excesos que en la ciudad de Roma se perpetraban contra los españoles. Es posible que el mencionado Memorial fuera redactado por nuestro poeta. A continuación ofrecemos a nuestros lectores una muestra de su poesía tomada de sus famosos epigramas impresos en 1735 bajo el título de Flores de España.

EPIGRAMAS

*¿Quieres, Leonardo, vengarte
de Luis, porque reveló
tus secretos, y que yo
te ayude en aconsejarte?*

*Yo digo que pues que tú a ti
secreto no te guardaste,
y a él se lo revelaste,
empieza el castigo en ti.*

*No creas que he de envidiarle
a Andrés la fortuna extraña,
ni que por dola su maña
guste tanto de encumbrarle.*

*El saber envidio yo;
que al que por mañoso crece,
le dan, no lo que merece,
sino lo que negoció.*

EL HIJO NUEVO

por Claudio Borja

En la amanecida, Juana, permanece con los ojos abiertos. No sabe cuántas, pero deben haber transcurrido varias horas desde que el sueño la abandonó. Junto a ella el marido duerme tranquilo.

La rendija del balcón señala débil línea gris. En la habitación contigua, separada por liviano tabique, descansan sus tres hijos. Es domingo y la alegría del asueto les proporciona un sueño feliz. Todavía viven la primavera de la vida.

El marido, quizá por el hábito de madrugar, de súbito despierta. Se revuelve en el lecho buscando cómoda posición. Su mujer pasa la mano por sus cabellos.

—Siempre me ocurre igual, aunque sea día de fiesta abro los ojos a la misma hora —comenta Bernardo.

—Claro, el cuerpo está acostumbrado a madrugar.

—¿Y tú, Juana, dormiste bien?

—No, hace rato que desperté. Procuré quedarme quieta para no molestarte.

—No me sorprende que hayas dormido poco, adivino lo que piensas. ¿Pero, qué podemos hacer?

La noche anterior, luego de la cena, estuvieron de charla por espacio de dos horas. Juana le habló de un problema de difícil solución. “¿Te das cuenta, Bernardo, de la amarga situación de la señora Regina? Cuatro meses ya que sucedió la desgracia. No le ha faltado la ayuda de los vecinos, pero la gente empieza a cansarse”. “Sí, mujer, comprendelo, la voluntad es mucha, pero

todos tenemos obligaciones. Yo lo lamento como el primero, claro que lo lamento”. “El señor Ramón, el del cuarto piso, pretende que la señora Regina sea llevada al Asilo de Ancianos y en cuanto al niño, que ingrese en el Hospicio. Cuando lo dije me eché a llorar”. “¡Vaya, mujer, arreglado está uno con tus lloriqueos!”. “No hables así, Bernardo, debemos ser compasivos con los demás”. “Y lo soy, mira ésta, ¿pero, qué podemos hacer? Vamos, dilo”. Juana se le queda mirando a los ojos. El es joven, fuerte, tiene la mirada limpia y cuando su rostro no refleja seriedad, sino que es sonriente, entonces, ella, goza contemplándole, pues diríase que una luz interior lo ilumina. Sin embargo, ahora, nube sombría lo cubre. “Sí, podemos hacer algo, Bernardo”. Este, expectante, enarca las cejas. “¿Nosotros?”. Juana apoya los codos sobre la mesa del comedor, y en el cuenco de las manos recoge el óvalo de la cara, que es bella, pues los labios son deliciosamente dibujados, como fina es la nariz y suaves los cabellos castaños y grandes los ojos, bajo el arco de las cejas. “¿Nosotros?”, repite Bernardo. Y la esposa, en hilillo de voz, añade: “Podríamos recoger al pequeño”. El marido la mira estupefacto. “¿Te has vuelto loca? ¿Acaso somos ricos? ¡Ni pensarla, Juana, ni pensarla! Tenemos tres hijos: Nardito, cinco años, Juanito tres, y año y medio Jesusín, ¿te parece poca complicación de vida? ¡Caramba, qué ocurrencias las tuyas! ¿Olvidas que sólo soy un oficial carpintero? ¡Somos cinco bocas a comer y aún pretendes traer otra más! ¡Qué barbaridad! Seguramente no te acuerdas de nada”. Juana inclina la cabeza sobre el pecho. Se resiste a atender las razones de su esposo. Solamente piensa en aquel pobre hogar deshecho. En un intervalo de meses murieron los padres de Arturín. La abuela y el nieto solos en la casa. En un clima de solidaridad humana los vecinos atendieron a los desvalidos seres, mas el paso de los días, con sus ásperas obligaciones particulares, ha ido enfriando sus sentimientos. La vida presenta sus exigencias. Surgió el señor Ramón con la idea de dar fin a una situa-

ción que comenzaba a ser enojo-
sa para todos. En principio, obtuvo bu-
ena acogida por parte de la gente.
Únicamente Juana opuso reparos. So-
licitó un plazo de días, antes de que
tal sugerencia tomara realidad. No
anticipó solución alguna, aunque en
su mente había ya germinado.

Y la conversación con su marido,
durante la noche anterior, la tuvo
desvelada y también preocupada. De-
bería afrontar de nuevo el problema,
pues el plazo concedido por el se-
ñor Ramón expiraba el próximo
lunes.

—Bernardo, debo insistirte acerca
del pequeño. ¡Me da pena de él!

—¿Sabes lo que me pides, Juana?

—Sí, Bernardo, sí.

—¡Cada día entiendo menos a las
mujeres! ¡Qué barbaridad! Claro que
de ti nada me extraña, siempre fui-
ste muy sensiblera.

Bernardo salta de la cama y abre
las maderas del balcón. El dormitorio
se inunda de luz matinal. Vuelve
al lecho y otra vez se mete entre
sábanas.

—Escucha, Bernardo, en este caso
no se trata de sensiblerías, sino de
algo muy humano y real. Soy madre
y pienso en ese pobre niño, en esa
desventurada anciana y te aseguro
que se me parte el corazón, ¡no lo
puedo remediar! La señora Regina
si sabe que el pequeño queda con
nosotros, resignada, aceptará ingre-
sar en el asilo, pero si él fuera lle-
vado al hospicio recibiría un golpe
terrible.

—Todo cuanto dices está bien, pe-
ro que seamos precisamente nos-
otros, quienes nos hagamos cargo
del niño es lo que no acabo de com-
prender. En la finca vive gente que
cuenta con mayores medios econó-
micos que los nuestros, ¿por qué no
ellos?

—Nadie se ha ofrecido a esta obra
de caridad, nadie, escúchalo bien,
¡nadie!

¡Es el colmo, aún querrás tener
razón! ¡Como si a mí correspondiera
atender a todos los niños huérfanos!

—No exageres, Bernardo, no exa-
geres. Es de uno, solamente de uno,
un niño de apenas cuatro añitos. ¡Po-
brecito! Yo no podría dormir tran-
quila pensando en lo que pude hacer
y no hice. Hagámonos a la idea de

que nos ha nacido otro hijo. Si po-
demos hacer bien a los demás,
¿crees que es justo renunciar a ello?
No, Bernardo, no. Si en el mundo
hubiera menos egoísmo todo iría me-
jor. Si cada uno hace un poco por
el prójimo, Dios que lo ve todo, se-
guro que sonríe satisfecho, al menos
así lo imagino yo. Ese niño necesita
cariño y yo se lo daré. Nuestros
hijos nos tienen a nosotros, ¡cuántas
noches he pasado junto a sus cunas,
velando su sueño, sufriendo cuando
enfermos y también dichosa al verles
restablecidos! Recuerda la madruga-
da que saliste en busca del médico.
¡Qué días de zozobra, de angustia,
hasta que, gracias a Dios, sanó nues-
tro Jesusín!

—Sí, Juana, es cierto. Claro que
me acuerdo. Me eché a la calle co-
rriendo como un loco, sin importar-
me el frío que hacía. Me parecía que
estaba viviendo una pesadilla.

—Luego, cuando pasó todo, ¡qué
alegría tan grande la nuestra! Por
eso te pido que reflexiones, Bernar-
do. Piensa en el pobre niño, sin
caricias de madre, solo en el orfa-
nato; no, no soy sensiblera, como
dices, sino que tengo sentimientos
y tú..., sé que también los tienes.

—(Débilmente): Sí, mujer, no soy
un monstruo, únicamente que...

—Adivino lo que vas a decirme,
que iremos más cortos de dinero y,
¡eso qué importa! Te conozco bien,
Bernardo, eres bueno, pero te gusta
refunfuñar.

Juana sonríe. Sus ojos resplande-
cen. Bernardo la mira y, de pronto,
siente que algo desconocido se está
fundiendo en lo más hondo de su
ser. De súbito, a través del tabique
llega hasta ellos el estallido de risas
infantiles. La mañana alcanza sono-
ridades de cristal.

—Nuestros hijos despertaron ya.
¡Escucha cómo ríen! Si tuquieres,
Bernardo, así oiremos reír a Arturín.

—¡Sea lo que Dios quiera, Juana!
Acogeremos al huérfanito. ¡Contenta?

—Mucho, Bernardo, mucho! A pe-
sar de todo nunca me abandonó la
esperanza de que al fin accederías.
A veces demuestras tener mal genio,
pero, en el fondo, sé que eres el
más bueno de los hombres. Vamos
al cuarto de los niños, a reír con
ellos, a besarles...